Don Manuel Serrano Sanz

TOMO CII ENERO-MARZO CUAD. I

BOLETIN
DE LA
ACADEMIA DE LA HISTORIA

NECROLOGÍA

Don Manuel Serrano Sanz

AQUELLA hermandad de investigadores, que formaron un día don Pedro Roca, don Francisco Navarro Santín, don Manuel Magallón y don Manuel Serrano Sanz, timbre de gloria del Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios, a los que debe la Ciencia española ejemplares páginas de erudición, aciertos de crítica, ordenación de Archivos y Bibliotecas, pierde, con la muerte de nuestro compañero el señor Serrano, al último de sus gloriosos miembros, el que hasta el final de su vida siguió con prepotente esfuerzo la trayectoria emprendida, renovando espléndidamente las aportaciones de sus estudios y el fruto de sus trabajos, cada vez con mayor solicitud y más firmes trazos, acusados en la obra eterna de la cultura patria. Fué su obra callada, pero de realidad intensa; admira la multiplicidad del esfuerzo, en quien al parecer apenas se movía; y así, sin apercibirnos de lo que pasaba, sin darnos cuenta de lo ocurrido, perdimos al querido compañero, cuando aguardábamos su llegada a esta Academia con mal disimulada impaciencia.

Nació el señor Serrano Sanz en Ruguilla (Guadala-

jara) el 1 de julio de 1886. Siguió el Bachillerato en el Colegio de Escolapios de Molina, y a la vez simultaneaba los estudios de Latín en el Seminario de Sigüenza. Con notable aprovechamiento cursó como libre las carreras de Derecho y Filosofía y Letras en Madrid. Su extraordinaria facilidad para versificar le ganaron desde adolescente entre sus condiscípulos el apelativo de "El poeta".

Terminados sus estudios universitarios y doctorado en Derecho y Filosofía y Letras, ingresó por oposición en el Cuerpo de Archiveros, siendo destinado a la Biblioteca Nacional, donde muy pronto se captó las simpatías de Menéndez Pelayo y la admiración de sus compañeros. En 1898 era premiada su obra, *Apuntes para una Biblioteca de Escritoras Españolas,* impresa por cuenta del Estado. Se distinguió en los estudios americanistas, y cuando comenzaba a recoger el fruto de su labor, por sugestiones de sus familiares opositó a la cátedra de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, ganándola y desempeñándola desde 1905 a 1929, en que se jubiló ansiando vivir en Madrid, dedicado más de lleno a sus trabajos de investigación y a sus publicaciones históricas.

Del feliz resultado de sus estudios y de su labor de Archivero, son testimonio, en parte, sus libros, folletos y artículos, que con regular cuidado recogemos en la bibliografía que sigue a estas líneas. Pero ¿quién sabe los conocimientos y noticias que, inéditas, se llevó Serrano Sanz al desaparecer de nuestro trato? Recuerdo, al intento, que hace algunos años, don Luis Tramoyeres, también, por desgracia, fallecido, me informó de una

conversación tenida con Serrano Sanz en la Biblioteca Nacional de Madrid. Bajaba Serrano del Archivo Histórico, de trabajar en los papeles de la Inquisición de Valencia, y estudiando uno de los procesos, había encontrado en uno de ellos la declaración de un muchacho, que dice "*ser natural de la Ciudad de Valencia,* de edad de catorce años, hijo de un arráez de Candía y que se llama DOMENICO THEOTOKÓPULUS". Confieso que, cuando supe la noticia, hablé con Serrano, quien me confirmó el hallazgo, no recordando el proceso, y declaro que mis investigaciones particulares no obtuvieron el resultado apetecido.

Obtenida su cátedra, no sólo prodigó sus enseñanzas, sino que continuó en Zaragoza las investigaciones en los Archivos con igual método e intensidad que las realizaba en Madrid.

Muy acertadamente dice su discípulo don Manuel Abizanda: "Aragón le debe interesantísimas aportaciones a su historia, sobre todo a la historia artística. Certeramente vislumbró que en los Archivos de Protocolos Notariales se encontraban los datos y pormenores de las obras de arte de remotos tiempos y noticia exacta de sus autores, y en los destartalados locales se encerró con leales discípulos, consiguiendo arrancar a los polvorientos legajos las noticias que guardaban durante siglos. Y a tal esfuerzo se debe el conocer la verdadera historia del arte en nuestro pueblo desde el siglo XIV.

Pero la incomodidad de los inhóspitos archivos resintió la fuerte naturaleza del maestro, quien, a pesar de las dolencias, continuaba laborando, hasta que el organismo se rindió."

Murió Serrano Sanz tan piadosamente como había

vivido; fué sabio y hombre bueno; no realizó acto alguno que le hubiera sido necesario ocultar a sus enemigos, de haberlos podido tener.

VICENTE CASTAÑEDA.

Obras de don Manuel Serrano Sanz

I (1).

1. *San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares* (Boletín de la Academia de la Historia). Folleto agotado.—Madrid, 1897.
2. *Historia de la provincia del Paraguay, de la Compañía de Jesús,* por el padre Nicolás de Techo. Traducción del texto latino en cinco volúmenes.—Madrid 1898.
3. *Los indios chiriguanes* (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*), 1898.
4. *Apuntes para una Biblioteca de Escritoras Españolas.* Dos tomos. Obra premiada en concurso público de la Biblioteca Nacional, e impresa por el Estado.—Madrid, 1898 y 1903.
5. *Comedia del pobre honrado,* de Guillén de Castro.—Bordeaux, *Bulletin Hispanique,* 1902.
6. *Caballero venturoso,* Historia de Juan de Valladares de Valdelomar. Dos volúmenes.—Madrid, 1902.
7. *Pedro Ruiz de Alcaraz, iluminado alcarreño del siglo XVI.*—Madrid, 1903.
8. *Relación de las misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Maynas,* por el padre Francisco de Figueroa.—Madrid, 1904.
9. *Historia de las guerras civiles del Perú (1544-1548) y de los otros sucesos de Indias,* por Pedro Manrique de Santa Clara. Seis volúmenes, comenzados a editar en 1904 y terminados en 1920.—Madrid.
10. *Autobiografías y Memorias* (*Nueva Biblioteca de Autores Españoles*).—Madrid, 1905.
11. *Compendio de Historia de América.* Dos tomos en octavo.—Barcelona, Gustavo Gili, editor, 1905.
12. *Relaciones históricas y geográficas de América Central.*—Madrid, 1908.
13. *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca del Seminario de San Carlos.*—Madrid, 1909.

---

(1) Se incluyen las ediciones y las tiradas aparte que forman volumen, aunque se publicaran primeramente en revistas.

14. *Historiadores de Indias.*—Madrid, 1909.
15. *Historia de la Nueva España,* por el doctor Alonso de Zorita (siglo XVI).—Madrid, 1909.
16. *Pedro de Valencia,* estudio biográfico.—Madrid, 1909.
17. *El Archivo de Indias y las exploraciones del Istmo de Panamá en los años 1527-1534.*—Madrid, 1911.
18. *Noticias y documentos históricos del Condado de Ribagorza hasta la muerte de Sancho Garcés III.*—Madrid, 1912. (Por causas ajenas a su voluntad no se llegó a publicar el tomo II.)
19. *Descripción exacta de la provincia de Venezuela,* por don José Luis de Cisneros (tomo XXI de Libros raros y curiosos que tratan de América).—Madrid, 1912.
20. *Documentos históricos de la Florida y la Luisiana,* siglos XVI al XVIII (tomo primero de la Biblioteca de los Americanistas).—Madrid, 1913.
21. *Cedulario de las provincias de Santa María y Cartagena de Indias (siglo XVI).* Tomo primero, desde el año 1529 al 1535.—Madrid, 1913.
22. *Vida y escritos de Don Juan Fernández de Heredia, gran maestre de la Orden de San Juan de Jerusalem.* (Discurso leído en la apertura de curso de la Universidad de Zaragoza el año 1913.) En Zaragoza dicho año.
23. *Cautiverio y trabajos de Don Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de Toledo (1589 a 1600).* Publicado por la Sociedad de Bibliófilos Españoles en Madrid, 1913.
24. *Biografía de Don Diego Ladrón de Guevara, obispo de Panamá, Guananga y Quito y Virrey del Perú (Revista de Archivos;* editado en folleto aparte), 1914.
25. *Antología de poetisas españolas,* dos tomos.—Madrid, 1915.
26. *El brigadier Jaime Wilkinson y sus tratos con España,* folleto. —Madrid, 1915.
27. *Documentos relativos a la pintura en Aragón durante los siglos XIV y XV* (de la *Revista de Archivos*).
28. *España y los indios cheroquis y chactas en la segunda mitad del siglo XVIII* (folleto).—Sevilla, 1916.
29. *Gil Morlanes* (Discurso).—Zaragoza, 1916.
30. *Relaciones históricas de América* (un tomo) *del siglo XVI.*—Madrid, 1916.
31. *Orígenes de la dominación española en América.* Estudios históricos. Primer tomo, único publicado por causas ajenas a su voluntad, en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles.—Madrid, 1916.
32. *Misiones de los padres capuchinos en la provincia de Cumaná,* un tomo.—Madrid, 1920.

33. *La escultura paleolítica en Zaragoza, folleto.*—Zaragoza (Trabajo publicado en el número primero de la revista *Universidad*).
34. *Algunos escritos acerca de las Indias,* de Tomás López Medel, natural de Tendilla, Oidor de la Audiencia de Guatemala (Boletín de la Academia de la Historia). Folleto. 1920.
35. *Estudio crítico sobre la vida y escritos de la religiosa carmelita Sor Teresa de Jesús María* (publicado por don Ricardo León, en la edición de la Biblioteca Renacimiento en 1921).
36. *Vida del almirante Don Cristóbal Colón por su hijo Don Hernando;* dos tomos.—Madrid, 1931-1932. Editor, Sucesor de V. Suárez.

II

Artículos y monografías en la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos".

1897. *Vida y escritos de fray Diego de Landa.*
— *Literatos españoles cautivos,* págs. 498-536.
— *Relación del martirio de los padres Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, de la Compañía de Jesús, padecido en el Paraguay.* (Sección de documentos, páginas 165-211.)
1898. *Los indios chiriguanes,* págs. 321 a 410 y 514 a 568.
1899. *Pedro de Valencia,* estudio biográfico y crítico, págs. 144, 290, 321 y 392.
1900. *Dos notas al "Quijote". El apellido Quijote. Un poeta de Argamasilla contemporáneo de Cervantes,* pág. 236.
— *Un libro raro.* El tomo II de la *Crónica moralizadora de la provincia de Perú del Orden de San Agustín,* por el padre Calancha, pág. 355.
— *Un cancionero de la Biblioteca Nacional,* pág. 577.
— *Memorial de fray Jaime Bleda, en que expone sus servicios y solicita se le conceda una pensión* (Sección de documentos), página 275.
— *Acta de la reposición de fray Luis de León en una cátedra de la Universidad de Salamanca* (Sección de documentos), página 680.
1901. *Un libro nuevo y un cancionero viejo,* pág. 320.
— *Bernardo de Brihuega, historiador del siglo XIII,* pág. 388.
— *Canción de Alabanza de Guzmán el Bueno.* (¿De don José Quintana?), pág. 796.
— *Juan de Vergara y la Inquisición de Toledo,* pág. 896.

1902. (Sigue el mismo anterior, números de enero y junio, págs. 29 y 466.)

1902. *Noticias biográficas de Fernando de Rojas, autor de la "Celestina", y del impresor Juan de Lucena*, pág. 245.

— *Un documento inédito referente a Juan de Arfe y Villafañe*, página 387.

— *Actas originales de las Congregaciones celebradas en Valladolid en 1527 para examinar las doctrinas de Erasmo* (en colaboración), pág. 60.

— *Merced del Rey Don Pedro de Castilla a la Condesa Doña Leonor de Castro, muger del Conde Don Fernando de Castro, para poblar con quince vecinos el lugar llamado los Palacios de la Reina, cerca de Tejada, en el término de Sevilla* (10 de enero de 1366).

— *Las piraterías de Walter Raleigh en la Guayana* (1616 a 1619), página 209.

— *Theatro de los Theatros*, pág. 73.

— *Cartas de Antonio Pérez a su muger Doña Juana Coello* (Sección de documentos), pág. 383.

— *Cartas referentes a la organización y al gobierno de las Reducciones del Paraguay* (Sección de documentos), págs. 385-448.

— *Diarios ejecutados a los países del Gran Chaco en los años 1776-1783 por el reverendo padre prior, del orden Seráfico, fray Antonio Lapa, cura doctrinero de la Reducción de Nuestra Señora del Pilar de Macapillo* (Sección de documentos), página 186.

— *Poesías del doctor Agustín de Oliva*. Primera: *El doctor Oliva a la Medicina*. Segunda: *Carta que envié desde Montilla* (Sección de documentos), págs. 379-465.

1903. *Pedro de Alcaraz, iluminado alcarreño del siglo XVI*, págs. 1 y 126.

— *Cartas de Antonio Pérez a su muger doña Juana Coello*. (Sección de documentos), pág. 140.

— *Dictamen de Jerónimo Zurita acerca de la prohibición de obras literarias por el Santo Oficio* (Sección de documentos), página 218.

— *Libros manuscritos o de mano de la biblioteca del Conde de Gondomar* (Sección de documentos), págs. 65, 222 y 295.

— *Poesías del doctor Agustín de Oliva* (Sección de documentos), páginas 143 y 307.

— *Bandos (Los de Orihuela en la primera mitad del siglo XVI*. (Sección de documentos), pág. 449.

— *Discurso en favor de las "Estorias"*, por Gonzalo García de Santa María (Sección de documentos), pág. 460.

1903. *Poesías del doctor Agustín de Oliva* (Sección de documentos), pág. 180.

1904. *Fantasía política, sueño de Feliz Lucio. Diálogo de un vivo y dos muertos* (Sección de documentos), pág. 200.

— *Farsa sacramental compuesta en el año 1521* (Sección de documentos), pág. 447.

— *Glosa al romance "Triste estaba el Padre Santo"* (Sección de documentos), pág. 209.

— *Poesías de Alvar Gómez de Castro* (Sección de documentos), páginas 199 y 441.

— *Relación de una fiesta que dió en su palacio Felipe III* (Sección de documentos), pág. 307.

— *Relación de una entrada en el país de los Timbúes,* por Fernando Salazar (Sección de documentos), pág. 441.

1904. *Relación de lo sucedido en la entrada de los Mojos,* por Francisco Hinojosa (Sección de documentos), pág. 307.

— *Relación de cómo se gobernaban las antiguas gentes del Perú* (Sección de documentos), pág. 441.

1906. *Cartas y memoriales de don Gaspar Melchor de Jovellanos y de sus hermanas Sor Josefa de San Juan Bautista y doña Catalina de Sena Antonia Jovellanos* (Sección de documentos), página 65.

— *Carta del padre provincial Agustín de Aragón acerca de la revolución del Paraguay.* (Sección de documentos), pág. 371.

— *El Consejo de Castilla y la censura de libros en el siglo XVIII* (tomo II), págs. 28, 243 y 387.

— *Discurso segundo de Pedro de Valencia acerca de los brujos y de sus maleficios* (Sección de documentos), pág. 445.

1907. *El Consejo de Castilla y la censura de libros en el siglo XVIII.* (En el primer tomo, págs. 108 y 206.)

— *Doctrinas psicológicas de fray Bartolomé de las Casas* (2.º tomo), pág. 59.

1908. *Catálogo de los documentos de la Biblioteca del Seminario de de San Carlos, de Zaragoza,* pág. 117.

1909. Idem, ídem, pág. 117.

1911. *Biografía de Don Diego Ladrón de Guevara, obispo de Panamá, virrey del Perú,* pág. 445.

1912. *Dos palabras acerca de Menéndez y Pelayo,* pág. 222.

1914. *Biografía de Don Diego Ladrón de Guevara, obispo de Panamá, Guananga y Quito y virrey del Perú* (continuación), página 95.

— *El brigadier Jaime Wilkinson y sus tratos con España para la independencia del Kentucky* (año 1787 a 1797), págs. 165 y 349.

1914. *Colón español. Su origen y patria,* por Celso García de la Riega (Informe). Documentos-Cartas del obispo de México fray Juan de Zumárraga a Suero de Aquilia, págs. 162, 251, 491 y 654.

1915. *El brigadier Jaime Wilkinson* (continuación), págs. 58 y 354.

— *Documentos relativos a la pintura en Aragón durante los siglos XIV y XV,* pág. 411.

1916. *Documentos relativos a la pintura en Aragón* (continuación), pág. 462 y en el segundo tomo de ese año, pág. 405.

— *Gil Morlanes, escultor del siglo XV y principios del XVI,* página 351.

— *La imprenta de Zaragoza es la más antigua de España,* página 243.

III

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS PUBLICADAS EN LA "REVISTA DE ARCHIVOS BIBLIOTECAS Y MUSEOS". CASI TODAS ELLAS SON, A MÁS DE NOTABILÍSIMOS TRABAJOS CRÍTICOS, "AUMENTOS" A LA OBRA COMENTADA.

1899. *Prosperidad y decadencia económica de España durante el glo XVI,* por el doctor Konrad Haebler. Versión del texto alemán, con un prólogo de don Francisco de la Iglesia, pág. 558.

— *Biografía y estudio crítico de Jáuregui,* de don José Jordán de Urríes, pág. 729.

1900. *Indice de los documentos de la Orden militar de Calatrava existentes en el Archivo Histórico Nacional,* pág. 51.

— *Relación de la jornada y descubrimiento del río Manú (hoy Madre de Dios),* por su regidor patrono el conde de Vilches..., página 106.

— *El rectángulo homotómico. Estudio geométrico y artístico de una interesante figura,* por don Victoriano García de la Cruz, página 106.

— *El libro de Petronio o por otro nombre El Conde Lucanor,* compuesto por el infante don Juan Manuel, pág. 107.

— *Odas y leyendas,* por J. Devolx y García, pág. 289.

— *El espectáculo más nacional,* por el Conde de las Navas, página 631.

— *Le cronache italiane nel Medio evo, descritte da Ugo Balzani,* página 689.

— *La Genealogía y la Heráldica en la Historia,* por Francisco Fernández de Bethencourt, pág. 691.

1901. *Libro primero de los Cabildos de Lima,* descifrado y anotado por Enrique Torres Saldemando, con la colaboración de Pablo Patrón y Nicanor Bolaña, pág. 937.

1901. *Compendio de la historia general de México desde los tiempos prehistóricos hasta el año 1900,* escrito por el doctor Nicolás León, pág. 90.

1902. Quesada (Ernesto). *Historia diplomática nacional. La política argentino-paraguaya,* pág. 498.

— *Museo-Biblioteca de Ultramar en Madrid. Catálogo de la Biblioteca,* pág. 225.

— Alvarez de la Braña (Ramón). *Apuntes para la historia del Puente del Castro,* pág. 470.

— Barahona (Diego). *Glosa a la obra de don Jorge Manrique* hecha por Diego Barahona. (Reproducción de míster Archer M. Huntington), pág. 393.

— Berwick y de Alba, Condesa de Siruela (La Duquesa de). *Nuevos autógrafos de Colón y Relaciones de Ultramar,* pág. 211.

— *Bías contra fortuna.* Hecho por coplas: por el Marqués de Santillana (Reproducción de míster Archer M. Huntington), página 393.

— *Cartilla para enseñar a leer a los niños* (Reproducción del mismo), pág. 393.

— Erzilla y Çúñiga (D. Alonso de). *La Araucana de Don Alonso de Erzilla y Çúñiga* (Reproducción del mismo), pág. 393.

— *La historia de los nobles caualleros Oliveros de Castilla y Artus Dalgarbe* (Reproducción del mismo), pág. 393.

— Merino (Hernando). *Las Julianas de Hernando Merino español* (Reproducción del mismo), pág. 393.

— Navas (Conde de las). *De gallinas y sus concomitancias,* página 469.

— Quesada (Ernesto). *El criollismo en la literatura argentina,* pág. 391.

— Tamariz (B. Nicolás). *Cartilla y luz en la verdadera destreza,* sacada de los escritos de don Luis Pacheco y Narváez... Por B. Nicolás Tamariz (Reproducción de míster Archer Huntington), pág. 393.

— Villuga (Pero Juan). *Repertorio de todos los caminos de España... Compuesto por Pero Juan Villuga* (Reproducción del mismo), pág. 393.

1903. Fernández Duro (Cesáreo). *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y León,* pág. 151, t. I.

— Gurrea y Aragón (D. Martín de), duque de Vistahermosa. *Discurso de medallas y antigüedades,* pág. 508.

1903. Torres Valle (Ricardo). *El milagro del Corpus.* Tradición segoviana. Leyenda en varios romances.
— Altolaguirre y Duvale (Angel). *Cristóbal Colón y Pablo del Pozo Toscanelli,* pág. 468, t. II.
— Ayllón (Perálvarez de) y Hurtado de Toledo (Luis). *Comedia Tibalda,* publicada según la forma original por Rodolfo Bonilla, pág. 387.
1903. Gooke (G. A.) *A. Textbook of Nort-Semitic inscriptions.*
— Férotin (M.). *Le veritable auteur de la Peregrinatio Silviae; la vierge espagnole Etheria,* pág. 304.
— García (Juan Catalina). *Relaciones topográficas de Guadalajara,* pág. 210.
— Gilliodts-van Severeu (L.). *Cartulaire de l'ancien Consulat d'Espagne a Bruges,* pág. 304.
— Maire (M. Albert). *Repertoire alphabétique des théses de Doctorat de Lettres des Universités françaises,* pág. 66.
— María de la Paz (La Infanta). *Mi peregrinación a Roma.*
— Navas (El Conde de las). *De allende Pajares,* pág. 387.
— Pérez González (Felipe). *El diablo cojuelo.* Notas y comentarios, pág. 388.
— Restori (Antonio). *Piezas de títulos de comedias. Saggi e documenti inediti o rari del Teatro spagnuolo dei secoli XVII e XVIII,* pág. 67.
— Rodríguez Marín (Francisco). *Luis Barahona de Soto,* página 211.
1904. Cruise (Francis Richard). *Qui est l'auteur de L'Imitation de Jésus-Christ?,* pág. 215.
— Chaves (Manuel). *Apuntes sevillanos. Cosas nuevas y viejas,* pág. 330.
— Kidd (Benjamín). *La civilización occidental,* pág. 330.
— López Bardou (Fr. Thyrsus). *Monastici Augustiniani R. P. Nicolai Crusenii continuatio,* pág. 216.
Quintero Atauri (Pelayo). *Uclés,* pág. 217.
— Villa Amil y Castro (José). *Iglesias gallegas en la Edad Media,* pág. 453.
— Bonilla y San Martín (Adolfo). *Anales de la literatura española,* t. II, pág. 314.
— Caro (Francisco Javier). *Diario de la Secretaría del Virreinato de Santa Fe de Bogotá,* pág. 314.
— Ganivet (Angel). *Epistolario,* pág. 209.
— Giménez Soler (Andrés). *El sitio de Almería en 1309.*
— Navas (El Conde de las). *¡Avante!,* novela, pág. 314.
1905. *Crónica de Enrique IV* por Alonso de Palencia; traducción castellana por A. Paz y Melia, pág. 70.

— *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*, por Emilio Cotarelo y Mori.
— *El castillo del Marqués de Mos en Sotomayor*. Apuntes históricos por la marquesa de Ayerbe, pág. 68.
1906. Sage (Henry). *Don Philippe de Bourbon, Infant des Espagnes, Duc de Parme, Plaisance et Gustalla, et Louise Elisabeth de France, fille ainée de Louis XV*, pág. 513.
1906. Aznar y Navarro (I.). *Colección de documentos para el estudio de la Historia de Aragón*, t. II.
— *Forum Turolii*, pág. 138.
— Cauchie (A.) et Maere (R.). *Recueil des instructions générales aux Nouces de Flandre*, pág. 140.
— Contreras (Bibiano). *El país de la plata*, pág. 309.
— Miret y Sans (Joaquín). *Sempre han tingut bech les oques*, página 310.
— Pérez Pastor (Cristóbal). *Bibliografía madrileña*, pág. 307.
— Soler y Palet (José). *Egara Terrassa*, pág. 211.
1907. Casas y Gómez de Andino (Hipólito). *Vida del Beato Jerónimo de Hermosilla*, pág. 426.
1913. Regero (P. Elías). *Misiones del M. R. P. Tirso González de Santalla, XIII y Prepósito general de la Compañía de Jesús* (1665-1686), pág. 498.
1914. Minguella y Arnedo (Toribio). *Historia de la Diócesis de Sigüenza y de sus obispos*, pág. 321.
— Leguina y Vidal (Enrique). *La espada española*. Discurso de recepción en la Academia Española, pág. 320.
— Silva Cotapos (Carlos). *Don Rodrigo González Marmolejo, primer obispo de Santiago de Chile*, pág. 319.

IV

En el Boletín de la Academia de la Historia.

Tomo XXXIII (1898). *San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares*. (Editado en folleto aparte.)
Tomo XXXIV. *Convenio celebrado entre don Juan de Borja, doña Lorenza Oñaz y doña Juana Recalde, con motivo del proyectado matrimonio entre los dos primeros*.—Variedades: *Cartas de Justo Lipsio al capitán Francisco de San Victores de la Portilla, sobre las guerras de Flandes*. Lovaina, 2 enero 1595. Versión inédita.
Tomo XXXV. Cartas históricas e inéditas de varios autores.
Tomo XXXVII. *Vida del Capitán Alonso de Contreras, caballero del*

hábito de San Juan, natural de Madrid, por el mismo (año 1582 a 1633). Publicada en el libro homenaje a Menéndez Pelayo.

— *Dos cartas inéditas del padre Andrés de Rada acerca de las Reducciones del Paraguay* (año 1666 y 1667.)

1917. *Gil Morlanes, escultor del siglo xv y principios del xvi* (editado en folleto aparte). El trabajo se completa en el segundo tomo del mismo año.

1917. DOCUMENTOS. *Documentos relativos a la pintura en Aragón durante los siglos xiv y xv.*

— *Notas acerca de los judíos aragoneses en los siglos xiv y xv.*

1919. DOCUMENTOS. *Documentos ribagorzanos del tiempo de los reyes franceses Lotario y Roberto.*

1920. *Documentos ribagorzanos del tiempo de los reyes franceses Lotario y Roberto* (continuación).

1921. *Documentos relativos a la pintura en Aragón durante los siglos xiv y xv* (continuación). Este trabajo ha sido publicado en folleto aparte.

1926. *Los orígenes de la capilla de Santa Catalina en la Catedral de Sigüenza y la estatua sepulcral de don Martín Vázquez de Arce.*

1930. *El Archivo colombino de la Cartuja de las Cuevas.* Estudio histórico y bibliográfico (principio del trabajo).

V

EN EL BOLETÍN DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Testamento del doctor Micer Gonçalo García de Santa María, ciudadano de Çaragoça. Tomo I.

Breve noticia de las armas antárticas. Poema histórico de don Juan de Miramontes. Tomo II.

Inventarios aragoneses de los siglos xiv y xv. Tomo II (además, en folleto aparte).

El mismo trabajo en el tomo III.

Palestrina-Esgrima. Tomo III.

Noticias biográficas de Pedro Marcuello. Tomo. IV.

Siguen los *Inventarios aragoneses.* Tomo IV.

Una carta familiar de mediado del siglo xiv. Tomo IV.

LEXICOLOGÍA. *Bajadores.* Tomo IV.

Cronicón Biclarense. Liber Regum. Tomo VI.

Inventarios aragoneses. Tomo VI.

Cronicón Biclarense. Tomo VIII.

Un documento bilingüe de Alfonso VII. Tomo VIII.
El licenciado Juan de Cervantes y Don Iñigo López de Mendoza, cuarto duque del Infantado. Tomo XIII (1926).
Inventarios aragoneses. (Tomo correspondiente a 1922.)
El licenciado Juan de Cervantes en Alcalá de Henares. (Tomo correspondiente a 1925.)
Cronicón Biclarense (continuación). Tomo XXXVIII.
El diario de Fray Juan de Lerma, dominico del siglo XVI. Año 1930.
Fragmento de un códice de los Castigos e documentos, del rey Sancho IV. Año 1930.
Una carta de Fray Juan de Zumárraga, obispo de México, al secretario Francisco de los Cobos. Año 1930.
Cartas de algunos literatos a Don Emilio Arrieta, Don Ruperto Chapí y Don Adelardo López de Ayala. Febrero y abril de 1932.

VI

En varias revistas.

Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales:

Tomo XV. *Documentos del monasterio de Celanova.*

Erudición Ibero-ultramarina.

Ordenación de la Peita de Zaragoza y su derogación en 1331. Enero 1930.
Vida de Mahoma según un códice latino de mediados del siglo XIII. Octubre 1931 y enero 1932.
Un impreso rarísimo de 1532 con noticias de Indias. Abril 1932.
Relación de las costumbres y religión de los indios manasicas, por el hermano Lucas Caballero, de la Compañía de Jesús. Octubre 1932. (La continuación aparecerá en enero de 1933.)

Revista Contemporánea.

Estudio crítico sobre la vida de Sor Teresa de Jesús María. Tomo LXXXIX.
Nuevos datos sobre la expulsión de los moriscos andaluces (número de 22 de abril de 1893.)
Los indios de la provincia de Cumaná (número de 20 de junio de 1893).
La redención de cautivos por los Religiosos Mercedarios durante los siglos XVII y XVIII. Tomo XCII.
El mágico Villena (el mismo tomo, pág. 305).

Revista de España.

El mágico Villena. Tomo CXLII.

Nuevos datos biográficos de Tirso de Molina. Tomos XCV, XCVI y XCIX.

La redención de cautivos por los Religiosos Mercedarios. Tomos XCII, XCIII, XCIV y XCV.

ESPAÑA Y AMÉRICA.

El rey don Sebastián en Guadalupe.

REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO DE MADRID (*Ayuntamiento de Madrid*).

Abril, 1932. *La escultura madrileña del paleolítico inferior.*

REVISTA UNIVERSIDAD. Zaragoza.

La escultura paleolítica en Zaragoza.

La expedición de Hernando de Soto a la Florida

(Fragmentos del Discurso del señor Serrano Sanz para su ingreso en la Academia de la Historia.) (1)

I

SALUTACIÓN.

Aunque no fuese loable costumbre el que cuantos ingresan en esta doctísima Academia hiciesen un acto de humildad manifestando que, más que a sus méritos, deben a vuestra generosidad el alto honor de pertenecer a tan sabia Corporación, que siempre fué y es guía y faro luminoso en cuanto se refiere a la Historia patria, debía yo confesar el abismo que media entre el exiguo valor de mis escritos y el honrosísimo puesto a que me habéis elevado, de tal modo que, lejos de la más leve presunción, he de sentir el rubor de quien no puede menos de reconocerse agraciado con distinción que no le corresponde y sí le anonada; hecho que agrava la circunstancia de hallarse ya con escaso camino por andar en el duro estadio de la peregrinación humana, cuando

(1) Sorprendió la muerte al señor Serrano cuando escribía este discurso: sólo publicamos las partes ya redactadas, aunque no definitivamente, sin el aparato crítico que hubieran tenido de haber sido terminada la obra por su autor.

las fuerzas van rápidamente decayendo, el desaliento se mezcla con la falta de ilusiones, flores que mueren con el cierzo de amarga experiencia, y cuando es lo más razonable para quien conserve la suave luz de la fe cristiana pensar en lo futuro, en lo que ha de durar eternamente, con más intensidad y constancia que en las cosas perecederas y fugaces, que no tardando se han de convertir en menos que un recuerdo, en el silencioso abismo de la nada.

.....

.....

.....

II

Preliminar

El descubrimiento del Nuevo Mundo había sido un fracaso desde el punto de vista económico, y el más capital de los pensamientos que acariciaba Colón no se había realizado; las inmensas riquezas del Cipango y el Catay se alejaban cada vez más. En vano Colón dispuso que los caciques de la Isla Española entregasen cada mes el oro en polvo que cabía en un cascabel, impuesto que luego redujo a la mitad, viendo que no era posible, aunque los indios perecían de hambre y de fatiga buscando el codiciado metal.

Años después, Vasco Núñez de Balboa creyó haber hallado aquellas fantásticas riquezas, en tierras del Darien. En carta que dirigió a los Monarcas, decía que, según sus noticias, el cacique Dubaibe tenía grandes cestas llenas de oro, que se cogía con abundancia en lechos de torrentes, donde, pasadas las inundaciones, quedaban pepitas como naranjas; Dubaibe tenía cien hombres que no hacían más que labrar oro; otros caciques tenían el oro en barbacoas, lo mismo que el maíz, por no caberles en cestas.

También esta fantasía se disipó como el humo.

Bernal Díaz refiere con admiración el asombro que produjo la vista del tesoro que Moctezuma tenía escondido en una cámara tapiada; secretamente se abrió la puerta, y "desque fué abierta y Cortés, con ciertos capitanes entraron primero dentro, y vieron tanto número de

joyas de oro, e planchas, y tejuelos muchos, y piedras de chalchinis, y otras muy grandes riquezas, quedaron enlevados y no supieron qué decir de tanta riqueza." (1)

Cuando Moctezuma, después de un afectuoso discurso, entrega el tesoro de su padre para que lo envíen al Rey de España, no tiene límites el asombro de Cortés y sus compañeros, como refiere así Bernal Díaz:

"Digo que era tanto, que después de deshechos eran tres montones de oro, y pesado, hobo en ellos sobre seiscientos mil pesos... más la plata e otras muchas riquezas, y no cuento con ello tejuelos y planchas de oro y el oro en grano de las minas... Pues las piedras chalchinis eran ricas algunas dellas, que valían entre los mismos caciques mucha cantidad de oro. Pues las tres cerbatanas con sus bodoqueras, los engastes que tenían de pedrerías e perlas, y las pinturas de pluma, y de pajaritos llenos de aljófar, y otras aves, todo era de gran valor." (2)

"Digamos de otra materia que a todos aplacía: como se recogió todo el oro y plata y joyas que se hobieron en México, y fué muy poco, segund paresció, porque todo lo demás hobo fama que lo mandó echar Guatemuz en la laguna, cuatro días antes que se prendiese, y que demás desto, que se lo habían robado los tlascaltecas y los de Tezcuco, y los Guaxocingo, y Cholula y todos los demás de nuestros amigos que estaban en la guerra. Y demás desto, que los teúles que andaban en los bergantines, robaron su parte. Por manera que los oficiales del Rey decían y publicaban que Guatemuz lo tenía escondido, y que Cortés holgaba dello, porque no lo dijese y habello él todo para sí. Y por estas causas acordaron los oficiales de la Real Hacienda de dar tormento a Guatemuz y al señor de Tacuba... Todos los mayordomos de Guatemuz decían que no había más de

---

(1) *Verdadera Historia de la conquista de la Nueva España.* México, 1904.

(2) Op. cit.

lo que los oficiales del Rey tenían en su poder, y eran hasta trecientos y ochenta mil pesos de oro, que ya lo habían fundido y hecho barras, y de allí se sacó el Real quinto y otro quinto de Cortés... Lo que yo vi que fuimos con el Guatemuz a las casas en que solía vivir, y estaba una como alberca grande de agua honda, y de aquella alberca sacamos un sol de oro y piezas de poco valor, que eran del mismo Guatemuz... En la laguna donde decía Guatemuz que había echado el oro, entré yo y otros soldados a zabullidas, y siempre sacábamos piecezuelas de poco precio." (1)

Hace años un ilustre individuo de esta Academia, con cuya amistad me honré, don Francisco de Laiglesia, publicó un breve estudio acerca de los caudales de Indias en tiempo del emperador Carlos V. Fué lástima que no incluyese en él los muchos y curiosos documentos que tenía, copiados del Archivo de Indias, donde al hacer la fundición de oro que vino del Perú cuando la conquista de Pizarro, se van describiendo los ídolos y otra multitud de figuras que, por avaricia y falta de sentimiento arqueológico, fueron echados al crisol. Quien publique tales documentos derramará no poca luz para conocer la cultura incásica, especialmente en lo que atañe a su religión y arte.

Prueba de lo caudaloso que fué el río de oro venido del Perú, es la comparación de los ingresos de Indias antes y después de la conquista de aquel reino. En los años 1530 a 1532, sólo fueron cerca de 56 millones de maravedíes; desde 1535 a 1538 suben a casi 796 millones (2).

---

(1) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* por Bernal Díaz del Castillo.—México, 1904, tomo II.

(2) *Los caudales de Indias en la primera mitad del siglo XVI,* F. de Laiglesia, *Estudios históricos.* Madrid, 1908, págs. 299 a 321.

Oro del Perú que truxo Diego de Fuentemayor en el armada de su Magestad de que vino por capitán general Blasco Núñez Vela.

Archivo general de Indias. Leg. 4676.

En veynte e seis y veynte e siete dias del mes de Abril de mill e

Casi todas aquellas riquezas venidas del Perú, se esfumaron como lluvia que se filtra en arenas o va por

---

quinientos e treynta e ocho años, recebimos de Diego de Fuenmayor el oro que nos entregó de lo que el Governador y oficiales de la provincia del Perú le entregaron para Su Magestad, que por una copia de registro que truxo y nos entregó, por donde parece que se le entregaron, dize que es el oro siguiente:

Un carnero de oro de ley de diez e siete quilates, que pesó 109 marcos (1).

Otro carnero de oro de ley de diez e siete quilates, que pesó 109 marcos.

Otro carnero de oro de ley de diez e ocho quilates, que pesó 114 marcos.

Una muger de oro, de diez e ocho quilates, que pesó 80 marcos.

Otra muger de oro, de diez e ocho quilates, que pesó 125 marcos.

Otra muger de oro, de ley de quinze quilates, que pesó 95 marcos.

Otra muger de oro, de diez e siete quilates, que pesó 92 marcos.

Otra muger de oro, de diez e ocho quilates, que pesó 104 marcos.

Otra muger de oro, de diez e siete quilates, que pesó 74 marcos.

Un hombre de oro, enano, con un bonete y una corona, de ley de 16 quilates, que pesó 41 marcos.

Otra muger de oro, de diez e ocho quilates, que pesó 76 marcos.

Otra muger de oro, de diez e ocho quilates, que pesó 64 marcos.

Otra muger de oro, de ley de 17 quilates, que pesó 90 marcos.

Otra muger de oro, de ley de 17 quilates; pesó 75 marcos.

Tapaderas.

Ocho tapaderas de los agujeros de las mugeres, de oro de ley de 18 quilates, que pesaron 328 pesos.

Dos tapaderas de los agujeros de las mugeres, de oro, de ley de diez e siete quilates, que pesaron 351 pesos 4 tomines de oro.

Siete tapaderas de los agujeros de los carneros, de oro, de diez e ocho quilates, que pesaron 117 pesos.

Una muger de oro que venía rayada por ley de diez e ocho quilates, y pesó 124 marcos y una honça y 6 ochavas.

Otra muger de oro que venía rayada por ley de diez e ocho quilates; pesó 75 marcos y 7 honças.

---

(1) Para mayor claridad, ponemos las cantidades en cifras arábigas.

los ríos al mar. Los grandes gastos del Emperador, que no podían cubrirse con los recursos ordinarios, le obli-

---

Otra muger de oro que venía rayada por ley de diez e siete quilates, y le faltó un dedo de la mano; pesó 93 marcos, y tres honças y siete ochavas.

Otra muger de oro que venía rayada por ley de quinze quilates, que pesó 93 marcos y 4 honças y 4 ochavas.

Otra muger de oro que venía rayada por ley de diez e siete quilates; pesó 73 marcos, 5 honças y 4 ochavas.

Otra muger de oro que venía rayada por ley de diez e ocho quilates, que pesó 77 marcos y 5 honças y 4 ochavas.

Otra muger de oro que venía rayada por ley de diez e echo quilates; pesó 82 marcos, tres onças y 6 ochavas.

Otra muger de oro que venía rayada por ley de diez e siete quilates, que pesó 75 marcos, 7 honças y 7 ochavas.

Otra muger de oro que venía rayada por ley de diez e siete quilates; pesó noventa marcos e una ochava.

Otra muger de oro que venía rayada por ley de diez e ocho quilates, que pesó ciento y cinco marcos y cinco honças y siete ochavas.

Un hombre enano con un bonete y una corona postiza, que venía rayado por de ley de diez e seys quilates, que pesó quarenta y un marcos y cinco honças y seis ochavas.

Un carnero de oro que venía rayado por de ley de diez e siete quilates, y pesó ciento y treze marcos y quatro honças.

Otro carnero de oro que venía rayado por de ley de diez e siete quilates; pesó ciento y honze marcos y cinco honcas.

Otro carnero de oro que venía rayado por de ley de diez e ocho quilates, y pesó ciento y quince marcos y cinco honças y quatro ochavas.

Treynta y siete tapaderas de los agujeros de las figuras, que diz que se cayeron, y pesaron veynte e cinco marcos y seis honças y quatro ochavas.

Doscientas y quinze barras de oro que venían quilatadas por de ley de diez quilates y pesaron cinquenta y seys mill y ciento setenta y dos pesos y dos tomines.

Ochocientas y noventa y nueve barras que venían quilatadas por de ley de ocho quilates; pesaron dozientas y siete mill y quatrocientos y veynte e un pesos y siete tomines.

Un grano de oro de minas que pesó veynte e ocho marcos y quatro honças y una ochava y un tomín y seis granos; que son mill y quatrocientos e veynte e cinco pesos y siete tomines, y nueve granos.

Oro de minas en polvo y granos que pesó ciento y sesenta y dos

garon a contraer empréstitos, a pagar en corto plazo, que devengaban crecidos intereses, por lo que gran parte del oro y plata del Perú pasó a manos de banqueros alemanes e italianos, duchos en aumentar sus capitales.

.....

.....

.....

---

marcos y dos honças y tres ochavas y tres tomines; que son ocho mill y seyscientos y quinze pesos y un tomín y nueve granos.

Dos tejuelos de oro que venían quilatados por de ley de veynte quilates, y pesaron quinientos y treynta e ocho pesos y seis tomines y nueve granos.

Falta. Parece por la copia del dicho registro de lo que se entregó en el Perú al dicho Diego de Fuentmayor, que recibió nuevecientas y tres barras de oro, quilatadas por ley de ocho quilates, que pesaron dozientos y ocho mill y ochenta y quatro pesos y quatro tomines; y en lo que nosotros recebimos dél, nos entregó ochocientas y noventa y nueve barras, que pesaron dozientas y siete mill y quatrocientos y veynte e un peso y siete tomines; por manera que faltan en el número de las barras, quatro, y en el peso, seyscientos y sesenta y dos pesos y cinco tomines; puesto que segund responden los pesos de lo del Perú, a lo de acá, pesarían las quatro barras que faltan, más cantidad de la falta de los pesos; que esto no se puede averiguar líquido.

Cuenta de la fundición de las tinajas del Perú.

10 hojas.

Arch. de Indias. Hacienda. Leg. 39-3-3/1.

"Pesó la plata [de setenta brazadas]... después al tiempo que se entregaron a Leonardo Salvago, para en quenta de la paga de su librança, todas setenta braçadas, con la de la granalla dellas, onze mill y quatrozientos y noventa y cinco marcos, y seys honças." (1)

---

(1) *Plata del Perú que truxo a su cargo Diego de Fuentmayor.* Abril de 1538. Archivo de Indias, leg. 4.676.

III

Expedición de Soto

El examen de las cuatro fuentes narrativas de la expedición de Soto nos ofrece, desde luego, numerosas variantes, cosa nada extraña, por ser un hecho harto conocido que difícilmente se hallan varios testigos de un mismo suceso que lo expongan sin discrepar, cuando menos, en la interpretación de los móviles, en las circunstancias y en el tiempo exacto, en las personas que intervinieron, y a veces en cosas de mayor trascendencia. Por ello no sabemos con exactitud cuántos llegaron con Hernando de Soto a la Florida, lo mismo que, a pesar de los bien documentados estudios de la insigne Miss Alicia Gould y Quincy, desconocemos el número exacto de los que fueron con Cristóbal Colón al primer viaje.

La tierra que iban a pisar era la misma donde, no mucho antes, había tenido un fin lamentable la expedición que capitaneó Pánfilo de Narváez; tragedia que narró Alvar Núñez Cabeza de Vaca en un libro interesante como pocos. Llegado Narváez a un ancho puerto con una isla, el de Tampa, van a la provincia de Apalache, sufriendo enormes trabajos al pasar ciénagas llenas de árboles caídos y selvas espesas, desfallecidos de hambre, luchando a cada momento con los indios; en Apalache sufren numerosas acometidas; yendo luego al pueblo de Ante, se repiten los asaltos de los indios, que

se resguardaban con los árboles o estaban metidos en una grande laguna por donde los nuestros pasaban; desalentados, llegan a la costa; con no poco trabajo fabrican cinco barcas, y salen del puerto que Alvar Núñez llama Bahía de Caballos. No se habían visto en las Indias guerreros tan formidables como los de la Florida; así los pinta con asombro Alvar Núñez: "Cuantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros, y como son tan crescidos de cuerpo y andan desnudos, desde lejos parecen gigantes... Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once o doce palmos de largo, que flechan a docientos pasos, con tan gran tiento que ninguna cosa yerran" (1).

Las aventuras de Juan Ortiz, que luego fué intérprete del ejército español, son idénticas a las de Jerónimo de Aguilar. Náufragos, éste y otros españoles, en los arrecifes de los Alacranes, llevados por las corrientes a las playas de Campeche, caen en poder de los indios, que sacrifican algunos a sus dioses; Aguilar, que se vió en peligro de igual muerte, huye a tierras de otro cacique más compasivo, que le ocupa en llevar leña y agua. Rescatado por Hernán Cortés, llega con aspecto de indio, en su indumentaria y en su rostro denegrido. Bernal Díaz, en su famosa historia, traza un cuadro pintoresco de la llegada de Aguilar a Cozumel, ante Cortés. Juan Ortiz pasó por vicisitudes muy análogas. Yendo en un barco enviado para saber noticias de Pánfilo de Narváez, por engaños de los indios sale a tierra con tres compañeros, luego sacrificados por los indios. Ortiz, en poder de Hirrihigua, cacique de Ocita, es víctima del odio de éste, quien le atormenta con el fuego que arde bajo una barbacoa; la mujer y las hijas del cacique le salvan de una cruel muerte y le curan las quemaduras; encárgale después el cacique una peligrosa ocupación: guardar de noche un rústico panteón en que

(1) Alvar Núñez, *Naufragios,* cap. VII.

estaban los cadáveres metidos en arcas, para que las fieras no los devorasen; cierta noche lucha con un león, según Garcilaso; lobo, como escribe el Hidalgo; y dale muerte cuando se cebaba en los restos de un niño; no obstante, el cacique insiste en matar a su cautivo; pero una de sus hijas le guía para que se fugue al pueblo de Mucozo, cacique vecino. Fuera de pequeños detalles, el relato del Hidalgo concuerda con el de Garcilaso, quien dice haberlo tomado de Alonso de Carmona y Juan Coles, y añade un detalle que no parece inventado, y es que, el odio del cacique a Ortiz, y en general a los españoles, dimanaba de Pánfilo de Narváez, que, en castigo de alguna felonía, le había mandado cortar la nariz, y aporreado a su madre.

La escena del encuentro de Ortiz y algunos indios con los españoles, y al acometerles éstos, pensando que eran espías, de tal modo que Ortiz estuvo a punto de morir de una lanzada, se refiere de igual modo por Hidalgo y por Garcilaso.

Juan Ortiz había casi olvidado su lengua nativa, como escribe Luis Hernández de Biedma: "Estuvo más de cuatro días entre nosotros que no sabía juntar una razón con otra, sino que hablando un vocablo español, hablaba otros cuatro o cinco en la lengua de los indios." Sus conocimientos del país eran tan limitados, que no sabía ni siquiera de oídas, las regiones que había más allá de veinte leguas.

Garcilaso escribe que el puerto del Espíritu Santo, donde desembarcaron los españoles, estaba en los dominios de un cacique llamado Hirrihigua, el cual, acordándose de sus reyertas con Narváez, y el mal trato que había dado Ortiz, huyó a la espesura de los bosques.

El Hidalgo le llama Ocita. Es probable que éste fuese el nombre del país, e Hirrihigua el propio de su cacique.

Vasco Porcallo de Figueroa, rico estanciero de Cuba, volvióse muy luego a sus haciendas, apenas llegado

al puerto del Espíritu Santo. El Hidalgo se limita a decir que lo hizo porque fué a la Florida creyendo que podría cautivar muchos indios para emplearlos en sus granjerías, y vió defraudada su esperanza. Garcilaso lo explica por el miedo que cobró a los trabajos de la guerra, cuando en persecución del cacique Urribarracuxi, cayó en una ciénaga debajo del caballo, y estuvo a punto de ahogarse. Dejó en su lugar un hijo habido en una india de Cuba, llamado Gómez Suárez de Figueroa.

Contiguo a este cacicato estaba el de Mucozo, como lo viene a consignar también el Hidalgo, pues refiere cómo Ortiz vivió no poco tiempo en Mucozo, y éste de buen grado le dió libertad apenas tuvo noticia de que habían llegado españoles a las inmediaciones. Su cacicato era contiguo al de Ocita. El Hidalgo refiere la visita de Mucozo a Hernando de Soto, y atribuye al indio un discurso que parece de un fino cortesano y hábil diplomático; nada tiene de inverosímil que también visitase a Soto la madre de Mucozo, temerosa de que su hijo perdiera la libertad, como narra Garcilaso.

El viaje de exploración encomendado al capitán Baltasar de Gallegos para que fuese hasta el cacicato de Paracuxi, ni en Garcilaso ni en el Hidalgo tiene lances notables; ambos concuerdan en que el jefe indio huyó de los cristianos; el segundo añade que éste envió treinta de sus vasallos, que fueron apresados por los españoles. Alonso Vázquez, en su información de servicios, a fin de encarecer éstos, afirma que pasaron hambre por espacio de un mes, y tanto, que sólo se mantenían de mazorcas verdes de maíz; hecho nada verosímil, ya que Paracuxi no distaba mucho del puerto, por lo que Garcilaso dice que Gallegos y los suyos recorrieron en dos días las veinticinco leguas que había de camino.

Aviénense también Garcilaso y el Hidalgo en los comienzos de la entrada. Baltasar de Gallegos va con dos compañías de soldados y peones a un cacicato que se menciona de diversos modos. Garcilaso le llama de Urribarracuxi; el Hidalgo, Paracosi o Paracusi; Luis

Hernández de Biedma, Hurripacuxi; Alonso Vázquez, en su información de servicios, Paracuxi; lo cual prueba que cada uno decía a su manera los nombres indios, extraños y difíciles de pronunciar.

Los sucesos de la expedición desde que sale del cacicato de Paracuxi o Hurripacuxi, difieren notablemente en el Hidalgo y en Garcilaso. Este escribe que los españoles llegan a la provincia de Ameda, cuyo cacique lanza un reto soberbio a los cristianos, a quienes sus indios acometen ferozmente; dieron muerte a no pocos, y cortaban a los cadáveres las cabezas para enviárselas a su señor. El Hidalgo nada dice de esta lucha.

Prosiguiendo Garcilaso su narración, dice que no hubo peligros ni dificultades en la marcha a Ocale, pueblo de unas seiscientas casas; el cacique huye a los bosques, y envía cuatro indios para informarse de los españoles, y habiendo intentado huír, los derriba y detiene un lebrel; por fin, se presenta el cacique, de paz; no obstante, al hacer los nuestros un puente en el río que pasaba junto a Ocali, ven interrumpida su obra por quinientos flecheros; dase libertad al cacique, visto que sus vasallos no le obedecían, y constrúyese el puente con la industria de maese Francisco Jenovés.

El Hidalgo refiere de muy distinto modo las peripecias del viaje; Soto, con parte del ejército, pasa por dos pueblos llamados Acela y Tosaste; cruza un río caudaloso por un árbol caído; los caballos, a nado, tirando de ellos con una guindaleta; los soldados que venían detrás, pasan hambre, pues no hallaban más que algunos bledos y cañas verdes de maíz; en Ocale se proveen todos con abundancia de maíz, pero no tenían para molerlo más que morteros de madera; para cerner no tienen más que las cotas malla, y para cocer la masa, unos tiestos.

Salidos los españoles de Ocale, cuenta Garcilaso que llegan a una dilatada provincia cuyo dominio se lo habían repartido tres hermanos; a uno de ellos, de nombre Vitachuco, correspondía la mitad; otro tenía su

asiento en el pueblo de Ochile, donde son recibidos los nuestros, más que pacíficamente, con benovolencia; únicamente Vitachuco no quiere presentarse a los cristianos y amenaza con exterminarlos en virtud de poderes mágicos: hará que los invasores sean aplastados por los montes y los árboles; que unas aves terribles les echen veneno, y que se emponzoñen los frutos de las plantas; si estos fieros son inventados por Garcilaso, interpretó fielmente la ideología de los hechiceros indios, tanto en América del Norte como en la del Sur, que se creían dotados de poderes sobrenaturales.

Pasados unos días, Vitachuco visita a Hernando de Soto con la pompa digna de un monarca; iban con él quinientos indios principales adornados con vistosos penachos de plumas, hermosos arcos y saetas primorosas.

Idos luego al pueblo de Vitachuco, todas las demostraciones de amistad que hace este cacique son fingidas, pues quiere con ellas tranquilizar a sus enemigos y sorprenderlos. Para ello prepara una emboscada; plan que comunican a Hernando de Soto los intérpretes; cuando los españoles saliesen al campo, donde estaban los vasallos de Vitachuco, desarmados en apariencia, pero con las armas escondidas entre la maleza, éstos acometerían de improviso, y así creían seguro el buen éxito.

Hernando de Soto, que iba prevenido, los caza en sus mismas redes; despavoridos los indios, se refugian en dos lagunas que había inmediatas; luchan desde allí con esfuerzo y constancia, pero al fin se rinden; siete de ellos se conducen como héroes dignos de admiración. Cayeron prisioneros unos 900. Hernando de Soto, siempre generoso, lejos de castigar a Vitachuco, le sienta a su mesa. Cautiva los indios; urden una conjuración; da la señal Vitachuco, cuando comía con Hernando de Soto, descargando a éste en la cara un puñetazo tan bárbaro que lo dejó sin sentido por algún tiempo; al instante los indios acometen fieramente a los españoles con los objetos que se hallaban a mano; la lucha, que fué

terrible, acabó con la derrota de los indios, que luego fueron degollados todos en castigo de su alevosía.

La narración del Hidalgo concuerda, en lo sustancial, con Garcilaso, pero difiere en no pocos detalles, especialmente geográficos. Dice que salidos los españoles, a 11 de agosto de 1540, de Ocale, duermen en Itara, pequeño lugarillo y pasan por Potano, mencionado años más adelante en varios documentos; en un pueblo que llamaron de *Mala Paz,* quiso engañarles un indio que se fingía cacique; en otro, hallan mucho maíz, y por eso le denominan Villaharta; cruzando un río por un puente que se hizo, y luego cierto despoblado en dos días, llegan a Calique; las malas noticias que allí reciben de la provincia de Apalache, de donde no acertó a pasar Pánfilo de Narváez, inspiran miedo; pero Hernando de Soto se decide al avance; lleva consigo al cacique de Calique, y aunque muchos indios, en el camino piden que le dé libertad, no accede a ello; llegados a Napetuca, urden los indios una traición, de la que se tiene noticia por Juan Ortiz; los indios se ocultan en un bosque, cerca de unas lagunas; Hernando de Soto, con la severidad en él acostumbrada, sale llevando al cacique de la mano; en el instante oportuno da la orden del combate, que se desarrolla lo mismo que cuenta Garcilaso; los siete héroes de éste son doce en el Hidalgo. También concuerda éste en la rebelión de los indios prisioneros; pero quien da el puñetazo a Soto no es Vitachuco y sí un indio anónimo, robusto y esforzado.

Los nombres de Ochile y Vitachuco no son imaginarios, pues el Hidalgo, cita, a dos días de camino desde Napetoca, el cacicato de Uzachile, en cuyas inmediaciones cautivan unos cien indios para llevar el fardaje, y que huían, matando al soldado que los llevaba, o limando con piedras las cadenas; luego, pasado el pueblo de Axille, cuyos moradores huyeron a la selva, el día de San Francisco duermen en Vitachuco, lugar que hallaron entregado a las llamas.

Como se ve, el error más grave de Garcilaso es po-

ner en Vitachuco, en vez de Napetoca, la guazábara con los indios y la sublevación de los prisioneros.

Prosiguiendo el Inca su relación, cuenta que saliendo los españoles de Ochile cruzan en balsas un río que separaba este cacicato del de Uzachile; en éste, donde había grandes maizales, acometen con frecuencia los indios y matan a varios soldados; en el viaje a la provincia de Apalache tienen reñidos combates, al pasar una ciénaga larga y ancha, que tenía en sus orillas bosques espesos; continúa la lucha en florestas, donde los indios habían colocado palos de un árbol a otro para dificultar la obra de los jinetes; después de continuas acometidas llegan al pueblo de Apalache, que era de unas doscientas cincuenta casas, grandes y buenas; el cacique se llamaba Copafi.

Con esta prolija narración contrasta la brevedad del Hidalgo, quien únicamente dice que, salido Soto de Vitachuco, llegó el 25 de octubre a Uzela, y el 26 al pueblo de Ambaica Apalache, donde residía el señor de aquella provincia.

Es probable que en este paso ofrezca el Hidalgo una laguna, y que lo referido por Garcilaso no sea fantástico más que, a lo sumo, en detalles. Lo cierto es que el Hidalgo no conoce bien cómo fué hallado el puerto que llama de Oche, y es indudablemente el de Aute, hecho famoso por Alvar Núñez; dice lo halló de nuevo un capitán, cuyo nombre calla, enviado por Soto. La información de servicios de Añasco nos aclara este episodio. Afirma que primero fué enviado un capitán, que volvió sin hallar dicho puerto. Fué después Añasco; llegado a él, cercioróse de que era el mismo donde estuvo Pánfilo de Narváez; por ser buen cosmógrafo, tomó el altura. Ido luego al puerto del Espíritu Santo, va con los bergantines al puerto de Aute.

Hay una historieta en Garcilaso de la que nada consigna el Hidalgo. Dícenos que el cacique de Apalache, llamado Copafi, por su enorme obesidad y por sus muchas dolencias no podía andar, y era llevado siempre

en andas. A la llegada de los españoles refugióse en el monte, y como sus vasallos acometían sin cesar a los nuestros, el mismo Hernando de Soto fué contra él; empresa difícil, pues el indio estaba en paraje de la selva que sólo tenía una larga y estrecha entrada, defendida por numerosos palenques de maderos atravesados. La lucha es terrible; pero al fin llegan los cristianos al interior del bosque, y apresan a Copafi, quien no mucho después, con pretexto de hablar a sus vasallos para que dejasen las armas, de noche, cuando sus guardianes están domidos, huye arrastrándose, aunque estaba casi del todo tullido. Episodio que desconoció el Hidalgo, de no ser una fábula inventada por Silvestre o Garcilaso para dar más amenidad a la Historia, con los trabajos y astucias de una especie de Bermudo el Gotoso, régulo de indios.

Garcilaso, utilizando la relación de Carmona, se dilata contando las acometidas de los indios a los soldados que salían al campo; un indio que estaba con su mujer se defendió contra siete jinetes que lo habían derribado al suelo e hirió todos los caballos. El Hidalgo, que refiere esta lucha, dice que los españoles eran ocho, y dos los enemigos. Otros incidentes análogos que añade Garcilaso, como el de otro indio que, puesto bajo un árbol, se defendió de dos jinetes, y el de dos portugueses que fueron asaeteados cuando estaban subidos en unos árboles; la muerte de seis españoles que salieron al campo en un lugar que estaba casi rodeado de ciénagas, no parecen fantasías de Garcilaso, quien da los nombres de casi todos los protagonistas.

.....

.....

"Uzachil, y en otros pueblos que estaban por el camino, halló mucha gente ya descuidada; no quiso tomar indios, por no detenerse, pues le convenía no darles tiempo para que se juntaran; pasaba de noche por los pueblos, y desviado de éstos, en el campo, reposaba

tres o cuatro horas; en diez días llegó al Puerto; llevó veinte indias que tomó en Itara y Potano, junto a Ocale; mandólas a doña Isabel, en dos carabelas que del Puerto envió a Cuba; él, en los bergantines, llevó toda la gente de a pie, y costa a costa fué hacia Apalache. Calderón, con la gente de a caballo y algunos ballesteros de a pie, fué por tierra. En algunas partes le acometieron los indios y le hirieron algunos hombres." (1)

Con esta breve y descarnada relación contrasta la de Garcilaso, escrita con su acostumbrada elegancia y rica en detalles, que no tienen, ni por asomos, traza de inventados; hay en ellos una veracidad notoria, con abundancia de pormenores propia de quien había sido, más aún que testigo, actor de aquellos sucesos, cuya narración se limita Garcilaso a poner en buen estilo, sin mezclarla con rasgos de imaginación que alteren los hechos.

Cuenta Garcilaso que, decidido Hernando de Soto a invernar en la provincia de Apalache, ordenó que Juan de Añasco, con veintinueve jinetes, fuese al puerto del Espíritu Santo, donde había quedado Pedro Calderón, para decir a éste que se uniera con el grueso del ejército. Pone luego los nombres y patria de la mayor parte de estos soldados, algunos de los cuales aparecen incluídos en la lista, ya mencionada, que conserva el Archivo de Indias; uno de ellos es Gonzalo Silvestre, casi siempre compañero de Añasco. Salidos de Apalache el 20 de octubre de 1539, procuraban no ser vistos por los indios; alancearon a dos de éstos que hallaron en el camino, para que no dieran aviso a otros; dormían en el campo, con precauciones; atravesaron el pueblo de Osachite a media noche y a media rienda; pasan con facilidad un río, porque no iba crecido; encuentran desierto el pueblo de Vitachuco, en cuyos campos había cadáveres de la refriega pasada; no se detienen

(1) *Relaçam,* cap. XII.

a pelear con un indio que les amenazaba con un arco, antes bien aceleraron la marcha; alancean a varios indios que iban a dar aviso a los suyos para juntarse contra los cristianos; llegados al río de Ocale, lo hallan tan impetuoso, que unos lo pasan a nado con los caballos; otros, que no sabían nadar, en unas improvisadas balsas, en que llevan el matalotaje; salidos a la otra orilla, medio helados, por el mucho frío que hacía, no hallan resistencia en el pueblo de Ocale; descansan allí unas horas, y a media noche, antes que llegara una muchedumbre de indios, cuyo rumor se oía, salen para caminar sin descanso; llegados a la ciénaga grande, a que antes había ido Hernando de Soto, utilizan para el equipaje un puentecillo hecho con árboles caídos; el pasar los caballos costó harto trabajo, pues asustados del frío, huían de entrar al agua. Ya en el cacicato de Mucoso, el mestizo Pedro Morón, gran rastreador y de olfato delicado para sentir el fuego, dijo que no lejos había lumbre; siguen el rumbo que indica; hallan unos indios que asaban pescado; apresan a unos veinte, y no tardando se reúnen, alborozados, con Pedro Calderón en el puerto del Espíritu Santo.

Detiénese Garcilaso a contar los altercados que hubo en el puerto del Espíritu Santo entre los españoles por la pesca de lizas y mariscos, reyertas que ocasionan la muerte de dos soldados y el cautiverio de otros dos, que lograron huír, años más adelante, cuando el dominico fray Luis Sance fué muerto por los indios de aquel paraje.

La jornada de Pedro Calderón, con el que va Gonzalo Silvestre, a la provincia de Apalache, se refiere con minuciosidad, ponderando el valor de Silvestre, que atraviesa de una lanzada a un indio que le mata el famoso caballo, y la flecha le había entrado por el pecho hasta los intestinos. Pasados los ríos de Ocale y de Osachile, al cruzar una ciénaga se traba un recio combate, en el que Silvestre lucha con un indio formidable que llevaba en la cabeza un vistoso plumaje; se citan casos de cómo

los indios, con sus flechas, atravesaban las mejores cotas.

Como en las dos expediciones capitaneadas por Añasco, a cuyas órdenes va Gonzalo Silvestre, no hubo hechos notables que, yendo de boca en boca, pudieran divulgarse en el campamento, resulta fundada la conjetura de que las refiriesen a Garcilaso Silvestre o Añasco, con la delectación amorosa del militar que refiere las peripecias de las campañas en que intervino.

Garcilaso no pierde ocasión de enaltecer a Gonzalo Silvestre. Cuenta que, llegado Soto a Paracuxi con parte de sus tropas, dispone que Silvestre avise a Luis de Moscoso para que avance con los demás soldados; el viaje no debía de ser muy peligroso cuando sólo acompaña a Silvestre un sevillano, Juan López Cacho; sin embargo, el Inca lo describe como una gran hazaña: pondera el hambre y el cansancio que sufrieron, de tal modo que Cacho, no pudiendo ya con el sueño, se echó a dormir en el suelo, a riesgo de perder la vida; al pasar una ciénaga son acometidos por innumerables indios en canoas; gracias a que los caballos nadaban cubiertos por el agua, y los jinetes llevaban excelentes armaduras; quedó la ciénaga tan cubierta de flechas "como una calle suele estar de juncia en día de alguna gran solemnidad de fiesta". Hay una pintura de los caballos: el de Silvestre "era castaño obscuro, peceño, calzado el pie izquierdo, y lista en la frente, que bebía con ella"; el de Cacho "era bayo tostado, que llaman zorruno, de cabos negros" (1).

Cuando el ejército sale de Cocachiqui, Silvestre va con Arias Tinoco y Baltasar Gallegos a recoger seiscientas fanegas de maíz que había en un pueblo; no se economizan los detalles del viaje, con ser insignificante; hay un pequeño motín de los soldados; a tres caballos les da torozón; sobreviene una tormenta, en la que caen granizos como huevos de gallina; los nuestros, aun co-

(1) *La Florida,* cap. XXIX.

bijados con unos árboles, tienen que cubrirse con las rodelas.

Más adelante, Garcilaso atribuye a Silvestre una proeza maravillosa: en los combates de Tula, de una cuchillada partió a un indio por la cintura, y éste, lejos de caer al suelo, estuvo en pie algunos momentos, y diciendo a su enemigo "Quédate en paz", cayó muerto (1).

Nada tiene de extraño que después, en México, el factor Gonzalo de Salazar pidiese a Silvestre aquella espada, "para ponerla en su recámara, por joya de mucha estima" (2).

Después de morir Hernando de Soto, cuando el ejército, ya dispuesto a salir de aquellas tierras, estaba en Aminoya, el cacique Quigualtan o Quigualtangui mandaba espías al campamento de los españoles; y aconteció una noche que velando Gonzalo Silvestre con Juan Garrido, burgalés, sigilosamente se acercaron dos indios a la puerta; Silvestre, convaleciente aún de grave enfermedad, mató uno de los indios e hirió malamente al otro, que pudo escapar; esto motivó que se quejara Quigualtan al Gobernador.

El itinerario desde Apalache a la rica provincia de Cofachiqui tiene en Garcilaso no pocas diferencias con el del Hidalgo. Según aquél, Hernando de Soto pasa por los cacicatos de Alfapaha, los Chalaques, Cofa y Cofaqui, en todos ellos recibido pacíficamente y de buena voluntad.

El Hidalgo dice que salidos de Apalache, después de cruzar un río, llegan a Cofachiqui a 11 de marzo de 1540; allí tienen pequeños combates con los indios; llegados a Toalli, ven que las casas eran mejores que en los países antes recorridos; las paredes, embarradas, parecían de tapia; sus moradores usaban mantas de un tejido vegetal y de pieles, teñidas finamente de varios colores; pasado un río, donde se ahogó cierto soldado

---

(1) *La Florida,* lib. III, cap. XXXIV.
(2) *La Florida,* lib. IV, cap. XXXV.

portugués, llegan al pueblo de Achese, cuyo cacique se presentó al General español y le hizo un razonamiento diplomático y retórico que parece de un hábil cortesano. Más adelante el cacique de Ocute envió 200 indios, que llevaban un presente de conejos, perdices, gallinas, maíz, y muchos perros, alimento codiciado a falta otro mejor. De Ocute van al pueblo de un señor llamado Patofa, que también pronuncia un halagüeño discurso.

En la relación del hambre y fatigas que pasa el ejército en el camino a Cofachiqui, concuerdan el Hidalgo y Garcilaso; sólo varían en detalles, como los nombres de los cuatro capitanes encargados de explorar el país en distintas direcciones y ver si hallaban algún poblado (1).

Garcilaso, que no pasa en silencio cuanto hizo su amigo Silvestre, refiere que a éste, cuando caminaban por el despoblado, le dieron por toda ración 18 granos de maíz, y no perdiendo por el hambre su acostumbrado buen humor, decía tener de cena mazapanes de Toledo y una rosca de Utrera.

Las congojas del guía indio, por aparecérsele el demonio, acaban, según Hidalgo, rezándole los Evangelios; según Garcilaso, bautizándole.

Menos están ambos conformes en lo que atañe a Patofa, al que Garcilaso no hace más que General del cacique de Cofaqui.

El hallazgo del pueblo de Aymay, cuando más apuros pasaban los españoles, por Juan de Añasco, es uno de los méritos que éste alegó en su información de servicios.

El ejército indio, capitaneado por Patofa, que va con Hernando de Soto y comete crueles venganzas contra los indios del mencionado pueblo, no consta más

---

(1) Según el Hidalgo, los capitanes fueron Baltasar de Gallegos, Juan de Añasco, Alfonso Romo y Juan Rodríguez Lobillo.

Según el Inca, Juan de Añasco, Andrés de Vasconcelos, Juan de Guzmán y Arias Tinoco.

que en Garcilaso. Según el Hidalgo, los indios de Patofa que acompañaron a los nuestros eran 700 tamemes o faquines que le dió aquel cacique para el viaje, no soldados.

El error más grave de Garcilaso es poner a los Chalaques, o sea los Cherokis, en las inmediaciones de Alfapaha o Yupaha, en lo que se contradice, pues más adelante dice que moraban algunas jornadas más allá de Cofachiqui.

Hasta ahora, Garcilaso, apoyado en las narraciones de Silvestre y las memorias de Carmona y de Coles, es un historiador que de cuando en cuando incurre en equivocaciones, y adorna cuanto puede los relatos de sus informadores. Mas cuando describe el recibimiento hecho a Hernando de Soto en Cofachiqui, la gentileza de la cacica y las inmensas riquezas atesoradas en los panteones, es un verdadero novelista, que parece imitar las más espléndidas ficciones que había leído en libros de caballerías, no sin recordar la famosa entrevista de Cleopatra y Marco Antonio en las riberas de Cilicia. Cierto es que la cacica salió al encuentro del General en una rica piragua cubierta de toldo por la popa y el suelo con fina estera; que iba sentada en almohadas, en compañía de sus indios principales; que pronunció un melífluo discurso y regaló a Soto un riquísimo collar de perlas (1); que éstas abundaban enormemente, de modo que los españoles, con licencia de la señora, tomaron unas catorce arrobas en los sepulcros de la población, y hubiesen podido hallar muchas más en los pueblos inmediatos. Ya era esto una riqueza fantástica para quienes es probable que nunca hubiesen visto sino pocas perlas o ningunas. Pero Garcilaso, no

(1) Garcilaso escribe que la madre de la cacica era enemiga de los españoles, por lo que huyó a los montes; dos veces fué a buscarla Juan de Añasco, mas no logró dar con ella; en la primera, se degolló con una flecha cierto indio que llevaba por guía, prefiriendo la muerte a ser vasallo traidor.

contento con estos materiales para su narración, traza un cuadro barroco, de mal gusto, por lo recargado y falso, que deslumbra sin despertar admiración.

Comienza la catarata de perlas en el panteón de los indios nobles de Cofachiqui; allí se calculó que había más de mil arrobas; contentáronse los nuestros con veinte arrobas.

Este panteón era un modesto bohío comparado con el de Talomeco, a una legua de Cofachiqui. Tenía el edificio unos cien pasos de largo, por cuarenta de ancho; alto, a proporción; la techumbre, de esteras finas, que no daban paso al agua; junto a la puerta había doce gigantes con vistosas armas: porras, espadas, macanas, montantes, arcos y picas. En el techo brillaban innumerables conchas de nácar, combinadas con vistosos plumajes, y pendían en abundancia sartas de perlas y madejas de aljófar. Por lo alto de las paredes, colocadas en repisas, había dos filas de estatuas de madera.

Los intermedios de las estatuas estaban adornados con rodelas de cuña finísima, pero resistentes en alto grado. En el suelo, todo alrededor, bien labradas arcas, en que ponían los cadáveres; junto a cada arca, en un pedestal, una estatua que era la imagen del difunto. En medio de la estancia, tres filas de arcas, llenas de inmensas riquezas, especialmente de perlas. Tenía el panteón anejas ocho estancias con armas de guerra, todas riquísimas y en cantidades inverosímiles; sólo en una de ellas, dice Juan Coles, citado por Garcilaso, haber visto más de cincuenta mil arcos, con sus aljabas llenas de flechas.

Muy abundantes debían de ser las perlas en el cacicato de Cofachiqui, pues vemos que el Hidalgo da cifras tan inverosímiles como las de Garcilaso al escribir que, según manifestó la Señora, en los pueblos inmediatos había tantas que todos los soldados podrían salir cargados de ellas.

El factor Biedma, obligado por su oficio a intervenir en el hallazgo de las perlas, nos dice lo que en ver-

dad acaeció: de un edificio, al que da el nombre de mezquita, por ser de mejor fábrica que los otros, fueron sacadas de seis arrobas y media a siete de perlas, estropeadas por el fuego al sacarlas, y luego por el sain —la podredumbre de los cadáveres—. Hallaron también dos ollas de Castilla, una sarta de cuentas de azabache y otros objetos procedentes de rescates con los españoles, con los que se comprobó estar el pueblo de Cofachiqui no lejos de donde, a la boca del río que por allí pasaba, había estado Vázquez de Ayllón, de cuyo fin desastroso daban muchas noticias los indios de aquella tierra.

Unicamente resulta verdadero que los habitantes de Cofachiqui, lo mismo que los indios de la Florida, ponían los muertos en arcas, tapadas con tablas, y las guardaban en edificios especiales. Como todos los pueblos primitivos, colocaban junto al difunto sus armas, ropas y otros utensilios que necesitaba en su vida de ultratumba: costumbre a la que debemos, en estos años, la maravillosa riqueza de las cámaras sepulcrales de Tutank-Amen, el famoso rey egipcio.

En *El viajero universal, o noticia del mundo antiguo y nuevo,* que a fines del siglo XVIII publicaba don Pedro Estala, se describen así los llamados *templos* de los Natches, copiando las noticias de Charlevoix, Gravier y Le Petit: "Tienen un templo lleno de ídolos de diferentes figuras de hombres y animales, y les tienen una profunda veneración. La forma de su templo es como un horno que tuviera cien pies de circunferencia. Se entra en él por una puerta pequeña, de cuatro pies de alto y tres de ancho, sin que se encuentre ventana alguna. La bóveda del edificio está cubierta de tres órdenes de esteras, puestas las unas sobre las otras, para que las lluvias no desmoronen las paredes... En lo interior del templo, sobre unas tablas colocadas a cierta distancia las unas de las otras, tienen colocadas cestas ovaladas de cañas, en las cuales están encerrados los huesos de sus antiguos xefes, y a un lado las víctimas que se hacen matar para seguir a sus señores al otro mundo. Otra

tabla separada sostiene muchas cestillas bien pintadas, en las cuales se guardan los ídolos" (1).

Garcilaso cuenta que el General se despidió de la Señora con la más refinada cortesía, llena de gratitud, que cabe imaginar, a la que ella correspondió mandando a sus vasallos que agasajasen a los españoles. El Hidalgo desvanece esta leyenda de la hidalguía de Soto, quien, sin la más pequeña consideración, hace que le siga tan ilustre cacica, y ésta, sin más compañía que unas esclavas, a pie, con fatiga, camina cien leguas por sus dominios, donde los indios la obedecían con respeto, aunque la veían menospreciada por los españoles.

Al cabo, harta de aquella caminata, en Guajule, con pretexto nada romántico se aparta entre unos árboles, llevándose una caja de cañas en que llevaba sus mejores perlas. Dos indios contaron luego que se había ido a Jualla, en compañía de un esclavo de Andrés Vasconcelos, con el cual se sospecha que había trabado relaciones nada honestas. Fin tan prosaico tuvieron en la realidad las aventuras de aquella india, cuyo pudor encareció Garcilaso, al contar que no quería tomar un anillo que le daba Hernando de Soto "por no ir contra la honestidad que las mujeres deben tener".

Verdad es que las noticias dadas por un negro fugitivo y admitidas por el Hidalgo no merecen grande confianza, y cabe opinar con fundamento que la Señora de Cofachiqui, tan rica y poderosa, no se abatiese como una india de la clase más pobre a los amores de un zafio y mísero etíope (2).

---

(1) Tomo XXV (Madrid, 1799), págs. 319 a 322.

Conf. John R. Swanton, *Indian Tribes of the Cower Mississipí vallery and adjacent coast of the Gulf of Mexico.* Washington, 1911, páginas 158 a 172.

Du Pratz, *Histoire de la Louisiane,* t. III, págs. 21 a 23, dice que la mayor parte de los indios de la Luisiana tenían templos análogos a los Natehes.

(2) Garcilaso, que desconoce la fuga de la Señora, consigna la de los tres esclavos; dos eran negros, criados del capitán Vasconcelos;

El factor Biedma echa por tierra la fama de cruel que lanza el Hidalgo contra Hernando de Soto, al decir que éste hizo viajar a pie nada menos de cien leguas a la Señora de Cofachiqui. Biedma escribe que ésta huyó del pueblo a poco de estar allí los españoles. Garcilaso refiere que la madre de esta cacica no quiso presentarse a Hernando de Soto, y que Juan de Añasco, seguramente con Gonzalo Silvestre, que solía militar en su compañía, hizo dos expediciones infructuosas para dar con ella; resulta lo más probable que Añasco fuese en busca de la cacica, y no de su madre.

El Hidalgo afirma sin vacilación alguna que en Cofachiqui, *todos* los del ejército manifestaron su deseo de poblar allí, por estar cerca la costa y ser ésta punto obligado de escala para las naves que fuesen a Nueva España, Perú y Santa Marta; pero Hernando de Soto, voluntarioso y obcecado, no quiso acceder a tan loable pensamiento, diciendo que era preciso acudir a Achusi, donde esperaba Maldonado, que había ido a recorrer la costa con dos navíos (1). Pero estas afirmaciones del Hidalgo contienen errores inadmisibles. No es verdad que llegase por entonces Maldonado al puerto de Achusi, sino bastante después, cuando los españoles estaban en Mobila; téngase además en cuenta que Hernando de Soto en Cofachiqui no pudo tener

---

el otro, berberisco, pertenecía a don Carlos Enríquez; huyeron en Juala, y ninguno de ellos volvió a los cristianos.

(1) Después de consignar que, según decían los indios, el puerto donde había estado el oidor Vázquez de Ayllón distaba sólo dos jornadas de Cofachiqui, escribe que a todos los españoles "pareció bien poblar aquella tierra, por estar en buen paraje; que, si se poblara, todos los navíos de Nueva España, del Perú y Santa Marta y Tierra Firme, yendo para España, les venía bien hacer allí escala, porque es por allí su camino... El Gobernador, como su intento era buscar otro tesoro como el de Tabalipa, señor del Perú, no se quiso contentar con tan buena tierra, ni con perlas... Respondió el Gobernador a los que le apretaban que poblase que en toda aquella tierra no había bastimentos para su gente sostenerse un mes, y era necesario acudir al puerto de Ochas, donde Maldonado había de esperar".

aún noticia de dicho puerto; que la costa de Cofachiqui, situada en la desembocadura del Savannah, no era ni mucho menos escala en la navegación a Nueva España.

También es duro de creer que aquella muchedumbre de ilusos que había con la fantasía de hallar tesoros tan ricos como el de Atahualpa, de repente se convirtiesen en pacíficos y laboriosos colonizadores, que trocasen la espada por el arado, y soportasen las enormes fatigas y privaciones por que habían pasado en la isla Española los fundadores de La Isabela y de Santo Domingo, casi todos ellos muertos en breve de fatigas y de enfermedades.

Los Cheroqui, pueblo hermano de los Iroqueses, como lo prueban las analogías que hay entre los idiomas de ambos, procedían de las regiones contiguas al lago Ontario y las bañadas por el Ohío, y emigraron al Sur después de largas y cruentas guerras con los Delawares. Aunque es difícil señalar con exactitud los dominio de estos indios hacia el año 1540 en que llegó a sus tierras Hernando de Soto, parece que se extendían por el Kentucky, el Tennesee, el Norte de Alabama, Georgia y el Occidente de las Virginias y Carolinas.

Lo cierto es que dos siglos y medio después, en 1792, según un mapa hecho con las indicaciones del jefe Cheroqui Bloody Fellow (Ninetooyah), aunque los Cheroquis habían cedido a los norteamericanos grandes territorios a la izquierda del río Ohío, llegaban sus dominios a la confluencia de éste con el Mississipí (1).

A tan grande territorio correspondía una población poco numerosa. Según el censo hecho en 1715 por Johnson, gobernador de la Carolina del Sur, la nación Cheroqui sólo tenía 4.000 guerreros y un total de 11.270 almas (2). Hecho que se explica por vivir los Chero-

(1) Publiqué este mapa, que es notable, en mi estudio acerca de *El Brigadier Jaime Wilkinson y sus tratos con España para la independencia del Kentucky* (*años 1787 a 1797*). Madrid, 1915.

(2) J. Monney, *Myths of the Cherokee*, pág. 34.

quis principalmente de la caza; su rudimentaria agricultura consistía, casi del todo, en el cultivo del maíz.

El gobierno de los Cheroquis estaba encomendado a los jefes de aldeas, que se reunían en asambleas para los asuntos de interés común; en ocasiones graves se confederaban con sus hermanos de raza los Criks, los Chicasas o Chicachas y los Alibamones.

El itinerario de Garcilaso, desde la provincia de Juala a la de Tascaluza, es el mismo que en el Hidalgo, salvo que éste menciona el cacicato de Tali, entre Acoste y Coza. Ambos concuerdan en que no hubo luchas, pues los caciques recibieron de paz a los españoles.

Hay en el Hidalgo un episodio que prueba el ingenio de Hernando de Soto y su severidad en los momentos difíciles: en Acoste, donde entró con unos pocos soldados, éstos entran a las casas en busca de maíz, se apoderan de lo que no debían, y los indios, irritados, les dan de palos; Hernando de Soto, que presencia la escena lejos de sus tropas, que estaban en el campo, dióse cuenta de que no podía castigar a los indios, ni le convenía soportar aquella humillación; resolvió el problema dando él también de palos a dichos soldados; acto de justicia que apaciguó a los indios, de tal manera que poco después, Soto, en compañía del cacique y algunos principales, se acerca al campamento, y allí quedan prisioneros.

Garcilaso únicamente escribe que los indios de Acoste recibieron armados a los españoles, pero que luego cambiaron su actitud. En cambio incluye noticias que no hay en el Hidalgo: el taleguillo de ricas perlas que un soldado, Juan Terrón, derramó por el campo; cómo vieron en Ichiaha el modo de sacar las perlas echando las conchas encima de ascuas, y la noticia de minas de oro, que resultó sólo azófar.

Garcilaso lleva el ejército desde Talise al cacicato de Tascaluza, sin mencionar pueblo alguno intermedio; el Hidalgo cita los de Talimuchasi, que hallaron desierto; Uliballi, que estaba fortificado con murallas de recios troncos; Toasi, y Tallise, rico en maíz. Allí le sa-

luda un indio principal (1) del cacique Tascaluza, cuya gigantesca estatura y aspecto hercúleo pondera Garcilaso, cuya narración de la entrevista de aquél con Hernando de Soto es muy semejante a la del Hidalgo; lo que más extrañó fué una especie de estandarte que usaba Tascaluza, semejante a una grande rodela, de gamuza amarilla con tres barras azules, según el Inca, y a cuarteles blanco y negro, con una aspa en medio, según el Hidalgo.

A los combates de Mobila, que fueron duros y sangrientos, dedica dos capítulos el Hidalgo. Hernando de Soto comete la imprudencia de entrar en aquel pueblo con unos pocos soldados; todo hacía sospechar que los indios pensaban acometer a los españoles; Tascaluza entra en un galpón, en el que estaban muchos guerreros, y no quiere salir aunque es llamado por el General; a la puerta de aquel bohío, Baltasar Gallegos disputa con un indio, al que abre de una cuchillada; viendo esto los demás, acometen a los españoles, que huyen malamente, dejando cinco muertos; Hernando de Soto cae de su caballo; en el pueblo quedan un fraile y un clérigo, con dos criados, que dentro de una casa se defienden con valor; después, los indios encadenados que llevaban el bagaje donde iban las armas de algunos soldados, ayudados por los del pueblo, se van a éste con las cargas; ya en el campamento, el General ordena su ejército en cuatro escuadrones, que después de lucha tan encarnizada como sangrienta, prenden fuego a las casas, donde muchos indios mueren abrasados, y otros, al huír, son alanceados; de los españoles quedaron muertos 18 y heridos 150; de los indios perecieron unos 2.500, cifra que no puede ser más que probable y en números redondos, pues nadie se entretuvo en contarlos. Tascaluza, obligado por los indios, había salido del pueblo antes del combate.

---

(1) Garcilaso dice que era un hijo de Tascaluza, de tan formidable estatura y tan recio como su padre.

Garcilaso dedica siete capítulos a tan sangriento hecho de armas; utiliza las narraciones de Carmona y de Coles, más completas que la del Hidalgo, y que sólo difieren de éste en pocos detalles, como el de que Tascaluza fué llamado para almorzar con Soto y no quiso salir de una casa donde los conjurados maquinaban asaltar a los españoles; un indio que sale en nombre de aquél disputa con Baltasar Gallegos, y éste le mata de una cuchillada. El relato de Garcilaso, en conjunto, sin faltar a la verdad, pinta la batalla con más abundancia que el Hidalgo. Este dice que murieron 12 españoles; Garcilaso, que 82; cifras que parecen, corta la una y exagerada la otra. De los indios, contando las mujeres y demás personas indefensas, murieron, según Garcilaso, tanto en Mobila, como después, fugitivos, a consecuencia de las heridas, unos 11.000, número calculado a bulto y poco admisible.

Garcilaso afirma que Hernando de Soto, después del combate de Mobila, noticioso de que Gómez Arias y Diego Maldonado habían llegado con sus bergantines al puerto de Achusi, y que éste no distaba de Mobila más que unas treinta leguas, resolvió establecerse en éste, y fundar luego una población dentro del país. Pensamiento acertado que se malogró por la oposición del ejército, que harto de pelear con indios valerosos y no hallando los tesoros en cuya busca habían caminado infructuosamente, abrigaban firme propósito, apenas tuvieran ocasión, de marcharse a Nueva España o al Perú en busca de mejor destino. Hernando de Soto, que de noche recorría, disfrazado, el campamento, oyó que en la choza donde se albergaba el contador Juan Gaitán, éste manifestaba dicha resolución. Dióse cuenta de que, de establecerse en el puerto de Achusi, no tardando se quedaría solo, gastada su fortuna y perdida su reputación (1).

---

(1) "En Mauvila tuvo nuevas el Gobernador de los navíos, que los capitanes Gómez Arias y Diego Maldonado traían, descubriendo la

Biedma, que tal vez pensaba lo mismo que Gaitán, se expresa de un modo algo ambiguo:

"Tovimos, por noticia de los indios, que estaríamos de la mar fasta cuarenta leguas; quisieran muchos que el Gobernador llegara a la mar, porque nos daban nuevas de los bergantines; y él no se atrevió, porque era ya mediado el mes de noviembre, y hacía grandes fríos, y le convenía ir a buscar tierra donde fallase mantenimientos para poder invernar."

Este motivo es algo convencional, pues no anduvieron luego por tierras de mejor clima y más abundantes en víveres.

Tan grave debió de parecer a Hernando de Soto la indisciplina de su ejército, que sin esperar a que Diego Maldonado, que había estado en Cuba, le diese noticias de su mujer la gobernadora doña Isabel de Bobadilla, con astucia y serenidad logró apartarse de la costa y marchar hacia el interior.

No castigó a Juan Gaitán, porque éste era sobrino del cardenal fray García de Loaysa, obispo de Sigüenza, luego arzobispo de Sevilla, que tenía en el Consejo de Indias enorme influencia.

Garcilaso considera esta contrariedad que tuvo Hernando de Soto en sus planes de colonización como la causa principal de que luego anduviese alejándose del mar, para no quedar sin ejército, sin rumbo marcado y casi víctima de la desesperación.

"Este fué el primer principio y la causa principal de perderse este caballero y todo su ejército, y desde aquel día, como hombre descontento, ...instigado del desdén, anduvo de allí adelante gastando el tiempo y la vida sin fruto alguno, caminando siempre de unas

---

costa, y cómo andaban en ella, la cual relación tuvo antes de la batalla, y después della se certificó por los indios que quedaron presos, de los cuales supo que la provincia de Achusi, en cuya demanda iban los españoles, y la costa de la mar, estaban pocas menos de treinta leguas de Mauvila."

partes a otras, sin orden ni concierto, como hombre aburrido de la vida, deseando se le acabase."

Garcilaso no lamenta solamente la desgracia de Hernando de Soto, mas también los perjuicios inmensos de la nación española, que, de lo contrario, pudo haber fundado un nuevo reino. "Perdió asimismo de haber dado principio a un grandísimo y hermosísimo reino para la corona de España, y el haberse aumentado la santa fe católica, que es lo que más se debe sentir."

El viaje desde Tascaluza a Chicaza lo refieren de distinto modo Garcilaso y el Hidalgo; éste dice que no lejos de Cabusto, lugar de la provincia de Pafalaya, cruzaron en sendas piraguas dos ríos caudalosos, con poca resistencia de los indios; llegados a Chicaza, que sólo era de veinte casas, el cacique se presentó a Hernando de Soto, a quien visitó no pocas veces, y fingiendo que un indio se le había rebelado, logró que el General, aunque andaba prevenido, sospechando alguna traición, marchase con buen número de soldados a un pueblo que halló desierto y fué incendiado por los indios. Todo aquello no fué más que un engaño del cacique, deseoso de dividir el ejército español; Garcilaso no habla más que del paso de un río desde Mobila a Chicaza, que fué pasado en dos grandes barcas, y pondera la resistencia que los indios ofrecieron en la orilla opuesta, donde había sobre ocho mil indios; uno de los primeros que llegaron a la otra orilla fué Gonzalo Silvestre, que por lo visto no perdió luego la ocasión de encarecer sus hechos militares.

El incendio nocturno de Chicaza por los indios; el pánico de los españoles; las pérdidas que hubo de hombres; el perecer muchos caballos abrasados y casi todo el ganado de cerda, con más casi todo el bagaje, las refieren igualmente Garcilaso y el Hidalgo.

El Hidalgo refiere dos hechos que pasaron en Chicaza y prueban el rigor con que Hernando de Soto castigaba, lo mismo en españoles que en indios, toda clase de atropellos y delitos. Tres indios resultaron culpables de robar cerdos; dos fueron asaeteados, al otro le cor-

taron las manos. Cuatro españoles, idos al pueblo donde estaba el cacique, se apoderaron de algunas mantas; dos de ellos, Francisco Osorio y el camarero Fuentes, fueron condenados a muerte, y habríase cumplido la sentencia si el intérprete Juan Ortiz, faltando a la verdad, no hubiese dicho que unos indios enviados por el cacique rogaban que se perdonase a los delincuentes, cuando lo que pedían era el castigo (1).

El combate de Alibamo, donde los indios tenían un fortísimo palenque, es mucho más detallado en Garcilaso que el Hidalgo, pues consigna lances que faltan y le fueron comunicados por Gonzalo Silvestre, que tomó parte, como capitán de un escuadrón, en el asalto de la fortaleza, que describe minuciosamente. El Hidalgo añade un pormenor que falta en Garcilaso, y es decir que aquel recio palenque, descubierto por Juan de Añasco, en un viaje de exploración, viendo que no podía combatirlo, volvió al campamento.

La provincia que Garcilaso llama Chisca, es la misma que el Hidalgo denomina Quizquiz; ambos convienen en que su cacique, viejecillo enclenque y malhumorado, según el Inca, transigió con los españoles, con tal que le devolviesen cuanto habían cogido en su pueblo.

Poco después llegaban al caudaloso río Mississippi, y es de notar la frialdad con que refiere tan magno suceso el Hidalgo. Limítase a escribir que tenía de anchura casi media legua; que desde una orilla costaba trabajo ver los hombres en la otra; que era profundo, de corriente impetuosa, de color turbio, y continuamente arrastraba troncos de árboles y maleza.

El Hidalgo, sobrio en sus descripciones, refiere con detenimiento la visita que hizo a Hernando de Soto, junto al río Grande, un cacique que llegó en vistosa canoa, entoldada, a la que seguían doscientas; hizo muchas promesas, pero luego no se le vió más.

(1) Francisco Osorio hizo una información de sus servicios en la Florida, y como es natural, para nada recordó su estancia en Chicaza.

Para pasar el río Grande hubo que labrar cuatro canoas, trabajo que duró casi un mes, y fué labor admirable por contar con escasos medios, después de los terribles incendios de Mobila y Chicaza.

Hay en Garcilaso un dato que no consigna el Hidalgo; éste dice que pasado el río Grande, después de ir por una ribera pantanosa, mientras las barcas eran acometidas por indios en canoas, llegan a Casqui, tierra enjuta, con muchos nogales y otros árboles provechosos. Bien recibidos por el cacique, rogó éste a Hernando que diese vista a dos ciegos; petición que recuerda la fe que los indios de otras regiones tenían en las virtudes curativas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. El General, convertido en misionero, les predica la fe cristiana, y hace que se ponga una cruz para que la veneren. Garcilaso escribe que el pueblo de Casqui estaba junto a un río tan caudaloso como el Guadalquivir por Córdoba; río que no puede ser otro que el Arkansas.

Cuenta de otro modo más verídico la petición de un milagro a Hernando de Soto, que no tuvo por objeto la curación de dos ciegos, sino otro más importante para los indios, cuyos maizales estaban secos por falta de lluvia, y demandaban al General cristiano que intercediera con su Dios para lograr beneficio tan deseado por los indios.

Garcilaso narra con prolijidad la solemne ceremonia con que les puso una cruz muy alta en aquel pueblo.

El relato de lo acontecido en Pacaha es el mismo en Garcilaso y en el Hidalgo, sólo que éste da más noticias del viaje, y describe minuciosamente dicho pueblo, fuertemente amurallado con troncos y defendido por un foso, que se llenaba de agua con un canal que salía del río Grande; detalla los desmanes cometidos allí por los indios de Chisca, que saquean cuanto pueden, incluso el panteón, echando los huesos por el suelo en venganza de sus enemigos, y añade que la retirada de los caciques fué por hallar el ejército grande resistencia en otro pue-

blo situado en una isla, donde el cacique se había refugiado.

La narración de Garcilaso, que nada tiene de imaginativa, es mejor que la del Hidalgo, que peca de concisa y de incompleta.

Ambos convienen en que al fin salió de paz el cacique de Pacaha, y por mediación de Hernando de Soto se reconcilió con su enemigo el de Casqui.

Garcilaso dice haber quedado tan satisfecho este cacique, que dió a Hernando de Soto una hija suya para que la tuviese por mujer. El Hidalgo escribe que Pacaha obsequió al General con dos de sus concubinas y luego con dos hermanas suyas, altas y rollizas, llamadas Macañoche y Mochila.

La costumbre de regalar mujeres era usada no sólo allí, mas en el Norte de la Florida, por lo que, años más adelante, Pedro Menéndez Avilés, menos escrupuloso que Hernando de Soto, aunque estaba casado, celebró con festejos una especie de desposorios que tuvo con la hija de un cacique, regalada por éste al ceñudo adversario de los hugonotes.

La continuación desde Casqui a Tula ofrece numerosas variantes en Garcilaso; el Hidalgo dice que pasado un río en almadías llegan los españoles el 4 de agosto a Quiguate, pueblo el mayor que se había visto; tan grande era, que fué incendiada la mitad para evitar una sorpresa de los indios; el cacique, fugitivo en los bosques, fué hecho prisionero; atraviesan luego en siete días un despoblado con selvas espesas, arroyos y lagunas muy abundantes de peces; llegan a Coligoa, pueblo rico de maíz, situado al pie de una sierra; idos a Palisema, ven que el cacique tenía su casa cubierta con pieles de venado, teñidas de colores, y en el suelo una especie de alfombras; desde allí van a Tatalicoya, y luego a Tanisco, pueblo de la provincia de Cayas, donde se proveyeron de sal, que se hacía con el agua de una laguna.

En Garcilaso el ejército va desde Casqui a Qui-

guate, pueblo grande, bien fortificado y con un montilo artificial en medio; omite lo del incendio y dice que el cacique se presentó de su voluntad; no pasa en olvido la insubordinación del tesorero Juan Gaitán, enemigo del General; idos a Colima, remedian la falta de sal con la que sacaban de unas arenas azuladas, y la comían a bocados, como si fuese azúcar.

A la carencia de sal, que fué penosa, dedica el Hidalgo unas pocas líneas. Garcilaso, que en esto anduvo mejor informado, había ya referido que desde Tascaluza, por no hallar sal, enfermaron y murieron algunos soldados; únicamente disponían de la que se obtenía con las cenizas de algunas plantas. En Pacaha fueron a buscar sal dos gallegos, Hernando de Silvera y Pedro Moreno, que volvieron con cinco cargas de tan deseado condimento.

El Hidalgo trata concisamente y sin darle mucha importancia, de la defensa del pueblo de Tula por sus habitantes; muy fuerte debió ser la pelea cuando los españoles tuvieron que retroceder; vueltos a dicho lugar, que hallaron desierto, sufren un ataque nocturno, bastante reñido.

Garcilaso añade casos particulares, como el de Francisco de Reinoso, a quien derriban al suelo cinco mujeres en un desván; el de Juan Páez, natural de Usagre, que salió con los dientes quebrados; el de tres españoles que lucharon con un indio armado de hacha y fué muerto de una cuchillada que le dió Gonzalo Silvestre.

El Inca dice que los indios de Tula eran de aspecto feroz; les deformaban, de niños, el cráneo, que lo tenían alto, en forma de huso; se labraban la cara y la pintaban de negro. Cierto soldado, Juan Serrano, se llevó una india de tan recio carácter, que, al enojarse, le tiraba las ollas y cuanto podía. Un muchacho que sacaron de diez u once años, en algunos pueblos, más adelante, capitaneaba las luchas de los mozuelos indios, y siempre vencía, porque le tenían miedo. Tal fama de crueldad llevaban los Tulas.

La estancia del ejército en Utianque, donde pasa el invierno, que en aquel país era crudo, al extremo de nevar, es igual en Garcilaso y en el Hidalgo, salvo que éste cita varios pueblos en el viaje de ida; coinciden ambos en que la tierra de Utianque era fértil y abundante en caza, especialmente de conejos; en las insidias del cacique, retirado al campo, que mandaba espías para ver cómo podría sorprender a los españoles, varían en que, según el Hidalgo, Hernando de Soto cercó un campamento con un muro semejante a los que hacían los indios; Garcilaso dice que no hizo más que reparar el de la población.

Las últimas jornadas de Hernando de Soto son pobres de información en Garcilaso. Dice que salidos los españoles de Utianque (1), entran en Naguate, donde un rico y noble soldado sevillano, Diego de Guzmán, habiendo perdido al juego cuanto poseía, huyó con una india que le había tocado en suerte, y no quiso volver aunque fué llamado. En la provincia de Guancane vieron cruces encima de las casas, por haber llegado noticias de los prodigios que en otras tierras hizo Alvar Núñez con el signo de la redención. En Anilco, pueblo del que huyen sus habitantes al acercarse los españoles, pasan el río en balsas y canoas; llegados a Guachoya, pueblo situado en dos cerros y siempre muy enemigo del de Anilco, indios y cristianos van a esta población, donde los de Guachoya cometen toda clase de venganzas y crueldades.

La narración del Hidalgo, a más de contener muchos detalles del país que atravesaron desde Utianque, como las lagunas que había en el camino, las crudezas del tiempo, con nieves y heladas, difiere de Garcilaso en un hecho de capital importancia, pues dice que en Anilco fueron los españoles quienes mataron a muchos

---

(1) Garcilaso escribe que el ejército salió de Utianque en abril de 1542; el Hidalgo, que fué a 6 de marzo.

indios, y no los de Guachoya, que no hicieron sino coger parte del botín.

Como los españoles no habían recibido agravios de los indios de Anilco y Hernando de Soto no autorizaba crueldades, parece más verdadera la relación de Garcilaso que la del Hidalgo.

La muerte de Hernando de Soto es uno de los puntos en que más difieren Garcilaso y el Hidalgo. Escribe el primero que enfermó el 20 de junio de 1542 y murió a los siete días; que se despidió de sus capitanes y aun de los soldados, que entraban en grupos; que su cadáver fué sepultado en el campo, y luego, por temor a que los indios lo desenterrasen, puesto en un ataúd hecho del tronco de un árbol y arrojado en medio del río Grande.

El Hidalgo dice que murió Soto el 21 de Mayo; que se despidió de los capitanes; fué sepultado dentro del pueblo, junto a una puerta, y luego, puesto en una canoa, con lastre de arena, echado al río.

Garcilaso hace un cumplido elogio de Soto, especialmente como jinete valeroso que siempre acudía el primero a lo más recio del combate; el Hidalgo da a entender claramente que la muerte del General fué, más que llorada, tenida como la liberación de continuas fatigas.

Garcilaso escribe que salió con los españoles un indio de Guachoya, porque estaba destinado, cuando falleciera el cacique de dicho pueblo, a ser enterrado con él. Es probable que este indio fuese uno de los dos ofrecidos por el cacique de Guachoya para que, inmolados, fuesen al cielo con Hernando de Soto, y marchóse con los españoles, que no habían aceptado tan bárbaro sacrificio.

En febrero de 1600 se hizo en San Agustín un expediente acerca de las tierras que habían visitado los que con el capitán Juan Pardo y el alférez Moyano subieron por el río Guatari, que desembocaba treinta leguas al Norte de Santa Elena. Se trataba de tener noticias de la

provincia la Tausa, distante unas cincuenta leguas de San Agustín.

El soldado Juan de Ribas declaró que yendo desde Santa Elena, llegaron al río Guatari, y luego a un país en que había diamantes; veinte jornadas más adelante, a unas montañas donde registraron minas de oro y plata; después llegó adonde murió Hernando de Soto, al que mató un cacique, según le contaron los indios; noticia tan fabulosa como la de haber, a siete u ocho jornadas, una gran ciudad llamada Copala, rica sobre toda ponderación (1).

Apenas falleció Hernando de Soto, Luis de Moscoso, viendo que soldados y capitanes no deseaban más que salir de aquella tierra, tuvo una consulta con los principales; Juan de Añasco, que por lo visto fué siempre de la misma opinión que Juan Gaitán, y presumía de cosmógrafo, defendió la conveniencia de ir a Nueva España por tierra, como lo había hecho Cabeza de Vaca, pues el bajar por el río Grande ofrecía el temor de que éste diese un gran rodeo, o se despeñase en altas cataratas. Acordóse con ligereza inaudita la marcha por países desconocidos, con noticias infundadas de llegar a una región del Poniente donde había españoles. Luis de Moscoso, de carácter débil, aunque nada inclinado a peligrosas decisiones, autorizó el éxodo de un ejército que sólo soñaba con tierras más apacibles, o donde los hechos de armas tuviesen inmediata recompensa.

Al referir la marcha del ejército hacia el Poniente, creyendo llegar a Nueva España como Alvar Núñez y sus tres compañeros, confiesa el Inca su penuria de noticias; por ello no menciona más que un pueblo de nombre Auche; da noticias generales de las acometidas de los indios, especialmente en la provincia que llama de los Vaqueros, por abundar allí pieles de bisontes, o ci-

(1) *Documentos históricos de la Florida y la Luisiana.* Madrid, 1913, págs. 145 a 148.

bolos, calificados de vacas por los españoles; describe lances individuales, como el tremendo flechazo que recibió el gallego Sanjurge; la lucha de Juan Vega, caballero de Badajoz, con un indio valeroso; los trabajos que hubo en el regreso a la provincia de Aminoya, con el recio temporal de fríos y aquejados por muchas enfermedades, hasta llegar a dos pueblos abundantes en maíz, donde descansaron algún tiempo. Allí fallecieron Andrés de Vasconcelos, Nuño de Tobar y el intérprete Juan Ortiz (1), que tan buenos servicios había prestado desde el comienzo de tan larga y penosa jornada.

Vueltos los españoles a Guachoya y Anilco, Garcilaso trata largamente del odio que se tenían los caciques e indios de aquellos cacicatos, incidente del que nada cuenta el Hidalgo; mas no por ello debe ser fabulosa la narración del primero, que alega el testimonio de Alonso de Carmona.

Ni Garcilaso ni el Hidalgo dicen que la provincia de Aminoya fuese descubierta y explorada por Juan de Añasco; pero éste lo consignó en su información de servicios.

Hay un hecho importante en que se oponen diametralmente Garcilaso y el Hidalgo; escribe el primero que el cacique de Anilco ayudó cuanto pudo a los españoles, no tanto por amor a éstos como por odio a su enemigo el de Guachoya, por lo cual recibió con amistad a Gonzalo Silvestre, que fué a pedirle cosas necesarias para calafatear las embarcaciones que estaban haciendo, y a su debido tiempo avisó de la traición que urdían algunos caciques movidos por Quigualtan.

El Hidalgo afirma que los conjurados fueron Anilco, Guachoya y otros comarcanos, quienes enviaron indios con un obsequio de pescado; tomasen las lanzas de los españoles, que solían dejarlas a la puerta de sus

---

(1) El Hidalgo dice que fué en Autianque, antes del 6 de marzo, donde falleció el intérprete Juan Ortiz, a quien reemplazó un indio de Cutifachiqui.

casas; incendiasen el pueblo, y hecho esto saldría el ejército de los indios, que estaría escondido en una selva. Noticiosos los españoles, por la declaración de un indio, estuvieron prevenidos, y cortaron las manos a treinta indios de Guachoya que fueron con pescado; después llegaron otros de Taguanate y sufrieron igual castigo, más cortarles las narices. El cacique de Guachoya se disculpó e hizo la paz con los españoles.

En el viaje por el río Grande coinciden en el fondo Garcilaso y el Hidalgo; pero discrepan en detalles; dice el primero que los españoles no sacaron más que unos treinta indios de servicio; que el desastre acaecido a Juan de Guzmán y sus compañeros fué por una temeridad de Sebastián Añes y murieron cuarenta y ocho españoles; el Hidalgo afirma que salieron con el ejército unos cien indios, y quedaron llorando, porque no los llevaban también, más de quinientos; que Juan de Guzmán, al ir contra los indios de las canoas, no hizo más que obedecer al Gobernador. Los españoles muertos no fueron más que once, dos de ellos Juan de Guzmán y un hijo de don Carlos Enríquez.

Garcilaso y el Hidalgo concuerdan en que Juan de Añasco fué censurado acremente cuando propuso ir a Nueva España con navegación de altura, y no yendo por la costa. El primero dice que por llevar un astrolabio que salvó del incendio de Mobila, y haber hecho una carta de marear y una ballestilla, fué blanco de tales burlas, que arrojó al mar dichos instrumentos.

El Hidalgo, quizá enemigo de Añasco, lo moteja de ignorante y de presumido, que hablaba de cosas de navegación sin entenderlas.

Cuando los bergantines llegaron a las costas de Nueva España, cuenta Garcilaso que dos de éstos naufragaron y hubo que sacarlos a tierra; sospechando que por allí habría noticias de españoles, salieron tres capitanes en distintas direcciones: Alonso Calvete hacia el Norte; Antonio de Porras al Sur, y Gonzalo Silvestre, tierra adentro, hacia el Poniente; los tres ha-

llaron pruebas de no estar lejos los españoles, especialmente Silvestre, que halló en la choza de un indio gallinas de Castilla, y el indio, que repetía la palabra brezos o brechos, resultó que estaba encomendado a un español de nombre Cristóbal de Brezos. De todo esto nada escribe el Hidalgo.

Cuando en Aminoya se estaban haciendo siete bergantines para salir con rumbo a Nueva España y se desbordó el río Grande, Gonzalo Silvestre fué con veinte soldados al cacique de Anilco, a fin de que éste le diese estopa y resina para calafatear dichas embarcaciones; el cacique, agradecido a Silvestre por haberle éste devuelto un hijo cautivado, tanto por afecto al capitán español, como por odio a los de Guachoya, colmóle de agasajos y ofreció dar noticias de lo que maquinase Quigualtan, furibundo enemigo de los nuestros.

A primera vista parece que el narrador utilizado por Garcilaso fué Juan de Añasco, pues dice que su amigo era "gran marinero, cosmógrafo y astrólogo" y tanto que solía consultarle el Consejo de Indias.

En cambio de Gonzalo Silvestre no sabemos que se distinguiese en tales conocimientos.

Uno de los méritos que alegó Añasco en su información de servicios fué haber hecho en el pueblo de Aminoya "un astrolabio y ballestilla, e una carta de marear, y de un relox que traya, hizo una aguja de marear, con los quales dichos instrumentos guió los dichos navíos hasta metellos en salvamento en el río de Pánuco".

Téngase, además, en cuenta que hay en la Florida noticias que aparecen desmentidas por el mismo Añasco en su información de servicios.

Dice Garcilaso que Añasco hizo varios viajes de exploración a la Florida, siendo la verdad que no realizó más de uno, como lo dice terminantemente el mismo Añasco en su información de servicios. Garcilaso toma la noticia de Coles, que bien pudo equivocarse en hecho donde no tuvo parte, y a esto quizá se deba el error de Garcilaso. No creemos que el informador de Garcila-

so fuera Gonzalo Silvestre, aunque se refieren con pormenores los hechos de éste, especialmente cuando llegó a México. Se trata de un soldado secundario, casi siempre a las órdenes de Añasco.

El argumento de más fuerza en pro de Gonzalo Silvestre es el de una memoria testamentaria de Garcilaso en que habla de su amistad con aquél y los préstamos que le hizo. Como Garcilaso consigna que su amigo el narrador vivía en un pueblo cercano a Córdoba, y Silvestre fué hasta su muerte vecino de Las Posadas, no cabe duda que se refirió a éste y no a Juan de Añasco. He aquí el texto aludido:

"Digo y declaro que lo que pasa en el negocio [de] Alonso Díaz de Velcaçar, becino de Las Posadas i rejidor del dicho pueblo, es lo que se sigue: que io tuve amistad con Gonçalo Silvestre, su tío, dende el año de mil i quinientos i cinquenta i dos, poco más o menos, i en todo este tiempo fué mi deudor siempre, porque gastava mucho y no le bastava su hacienda, i así quando murió me devía ochocientos ducados, por escritura pública; la qual escritura con otras dos cédulas, firmadas de mano del dicho Gonçalo Silvestre, el qual me pidió las cédulas y que me quedase con la escritura, que casi contenía lo propio que las cédulas; un día de aquellos me enbió a pedir las cédulas, i que me quedase con la escritura y io, por hacerle amistad, le enbié las cédulas i la escritura, i se las llevó el dicho Alonso Díaz de Velcaçar, su sobrino, i viendose libre de esta deuda, casó con ella al dicho Alonso Díaz, i le dió quanto tenía para pagarme a mí; i todo esto jurará ser verdad el dicho Alonso Díaz, que era ministro y faraute de una parte a otra." (1)

---

(1) *El testamento, codicilos, etc., del Inca Garcilaso de la Vega;* publicado por Manuel González de la Rosa.

Revista Histórica, órgano del Instituto Histórico del Perú. Tomo III, págs. 261 a 295.

El testamento fué otorgado en Córdoba el 18 de abril de 1616.

Los codicilos, que son cuatro, a 19, 20, 21 y 22 de dicho mes y año.

¡A buen precio le salieron a Garcilaso las noticias, a veces verdaderas, a veces erróneas, que le había dado su amigo Silvestre acerca de la Florida!

A más de la información oral que, según afirma Garcilaso, es el núcleo fundamental de *la Florida,* utilizó dos relaciones escritas por soldados que anduvieron en la jornada de Hernando de Soto: Alonso de Carmona, natural de Priego, en tierras de Córdoba, y Juan de Coles, que lo fué de Zafra; ambas eran breves; la de Carmona constaba sólo de ocho pliegos y medio, bien que de letra pequeña; la de Coles, de diez pliegos, en letra procesal extendida; ambas, al decir de Garcilaso, narraban los hechos sin orden cronológico ni de provincias, y omitiendo las más veces el nombre de éstas. Añadíase a este defecto, en la de Coles, que la había escrito a petición de fray Pedro Aguado, quien la dejó a un impresor de Córdoba; habiéndose cebado en ella la polilla y los ratones, que la mitad estaba devorada. Es probable que Garcilaso, al juzgar las relaciones de Alonso de Carmona y Juan Coles, peque de exageración: recuérdese que, al escribir los *Comentarios,* donde utilizó un libro del padre Blas Valera, dice que halló tan roto y destrozado el manuscrito, que sólo en parte cabía leerlo.

De otro modo es preciso reconocer en el anónimo y principal inspirador de *La Florida,* en edad que, seguramente, llevaba muchos años peinando canas (1), una memoria tan feliz que, sin necesidad de auxiliarse con apuntes, recordase el orden de una campaña larga, y en regiones muy diferentes, casi con igual exactitud que el anónimo Hidalgo de Elvas, cuya relación es fiel trasunto de un diario.

Sigue el inventario de sus bienes, hecho el día 26, y es de notar que no figura en él ni siquiera un libro.

Sigue una cédula testamentaria, hecha el día 22, que no pudo firmar Garcilaso a causa de su enfermedad.

(1) Gonzalo Silvestre debió de nacer por los años de 1516 ó 1517, pues tenía poco más de veinte cuando marchó a la Florida.

Garcilaso pone en boca de los indios, no pocas veces, discursos muy pulidos e ingeniosos, en los que se ve una delicadeza de espíritu que a nosotros parece en alto grado lejana de hombres bárbaros; pero si consideramos que también el Hidalgo atribuye a los indios alocuciones parecidas, no cabe duda alguna de que tales pláticas no son del todo invención retórica de Garcilaso; claro está que de tales discursos, interpretados por lenguas que apenas conocían el idioma español, y luego recordados de memoria, no quedará en el Hidalgo y en Garcilaso más que las ideas fundamentales, desarrolladas en los recursos que a cada uno prestaban su imaginación y su gusto literario.

Pequeña debía de ser la cultura de Garcilaso cuando vino de su patria, donde de niño se recreaba con las tradiciones antiguas que narraban sus nobles deudos; mas luego en España, sus ocupaciones guerreras no le impidieron consagrarse a la lectura de los clásicos antiguos y a los del Renacimiento, en especial a los italianos, como el Ariosto y Boyardo, que encendieron su fantasía de tal modo que procuraba imitarlos, dando a sus narraciones históricas el color y la vida que admiraba en los poemas de aquellos ingenios. Garcilaso, como los cronistas que vivían en aquel tiempo, no concebía la Historia como un relato seco y descarnado, semejante a los anales de la Edad Media, sino como una obra orgánica, palpitante, donde más que a los hechos, considerados en su ejecución material, se atiende a la psicología individual y colectiva, a la lucha de pasiones e intereses, a la pintura del alma humana, en sus grandezas y en sus extravíos y errores. Doctrina que en esta misma Academia expuso, ha ya muchos años, un sabio que fué y será siempre la gloria más imperecedera de España: don Marcelino Menéndez y Pelayo, que compendió con entusiasmo el concepto renacentista de la Historia en elocuentes períodos, que copio para amenizar algo este árido discurso:

"La vida humana es un drama, y el historiador as-

pira a reproducirla. Puede ser crítico, puede ser erudito mientras reúne los materiales y pesa los testimonios e interroga los documentos; pero llegado a escribirla, no es más que artista, y no tanto quiere dar lecciones, aunque lo anuncie en fastuosos proemios, como reproducir formas y colores, y aún más que estos accidentes externos o pintorescos de la vida, la vida moral que palpita en el fondo. De aquí bellezas puramente dramáticas; de aquí el análisis de los caracteres; de aquí la necesidad de los retratos, de las epístolas, de los discursos... Así se funden armoniosamente ciencia y arte. El historiador se lanza al mundo poético de lo inverosímil en alas de lo verdadero. En las narraciones no refiere, sino que pinta. No explica los motivos de las acciones; hace que los mismos personajes nos las refieran." (1).

El sapientísimo don Marcelino Menéndez y Pelayo no se libró de la opinión común, adversa, con evidente exageración, a la veracidad del Inca:

"La celebridad de Garcilaso, como uno de los más amenos y floridos narradores que en nuestra lengua pueden encontrarse, se funda en sus obras históricas, o que dió por tales. *La Florida,* del Inca...; los *Comentarios Reales...,* la *Historia general del Perú.* Los *Comentarios Reales,* no son textos históricos; son una novela utópica."

Este juicio tan extremado lo rectifica bastante al tratar de *La Florida,* limitándose a decir que Bancroft había notado *errores de detalle,* disculpables por no haber estado Garcilaso en aquel país y escribir de segunda mano (2).

Un historiador de nuestra Literatura, fallecido ha pocos años, extremó la dureza de tal opinión, afirmando que las obras de Garcilaso, más que historias, son novelas (3).

---

(1) Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, en 1883. Reimpreso en *Estudios de crítica literaria.*

(2) *Historia de la Poesía hispanoamericana,* t. II, págs. 145 a 148.

(3) *Historia de la Lengua y Literatura castellana* (época de Fe-

Si no hubiera de la expedición de Hernando de Soto a la Florida más Historia que la de Garcilaso, tendríamos pocos medios para comprobar hasta qué punto es verídica la relación del Inca. Afortunadamente, no pocos años antes de que Garcilaso publicase la suya en 1605, se había impreso en Evora, el año 1557, un libro de capital importancia para conocer la magna empresa de Soto: la *Relaçao*.

Esta edición es rarísima; yo no he podido hallar en las bibliotecas públicas de Madrid más que un buen ejemplar que se conserva en la Nacional.

La *Relaçao* del Hidalgo está hecha con el auxilio de apuntes hechos en la expedición, y sólo contiene con relativa extensión los hechos de que fué testigo presencial; a los demás dedica pocas líneas; esto no se opone a que aceptase el testimonio de sus compañeros en sucesos que no había visto. Su narración es concisa; no pretende, como Garcilaso, amenizar el relato; limítase a consignar con plena objetividad las peripecias de la jornada. Favorecióle para ello el escribir su Historia pocos años después, antes de que la acción del tiempo pudiese borrar más o menos el recuerdo de tan complicada trama de incesantes luchas, de marchas a través de países desconocidos, de hambre, de fatigas y de otras innumerables penalidades.

El Hidalgo cuenta que, pasando por Elvas Luis Moscoso, habló con Andrés de Vasconcelos, que se alistó en la expedición, juntamente con otros portugueses, llamados Fernán Pegado, Antonio Martínez Segurado, Men Royz Pereira, Juan Cordeiro, Esteban Pegado, Benito Fernández y Alvaro Fernández.

¿Quién fué el autor de libro tan curioso y hoy tan poco leído, con ser la fuente más verídica de una de las grandes empresas de los españoles en América? Ni se sabe, ni es fácil averiguarlo, mientras no aparezcan documentos que nos ilustren. Si tuviéramos una relación

---

lipe II), por don Julio Cejador y Frauca. Tomo III; Madrid, 1915, página 298.

de los portugueses que fueron con Hernando de Soto, habría elementos para conjeturas más o menos fundadas; pero carecemos de tales datos.

Garcilaso, al enumerar los principales que fueron con Hernando de Soto, dice que uno de ellos fué el capitán Andrés de Vasconcelos, hidalgo portugués, natural de Gelves, con el que marchó una lucida compañía de hidalgos, también portugueses, algunos de los cuales habían peleado en Africa.

En las listas de capitanes y soldados que hay en el Archivo de Indias está incluído Andrés de Vasconcelos, pero dicen hijo de Gómez de Silva y de doña Guiomar Pacheca, vecinos de Badajoz (1). Afirmación que no se compagina con la de Garcilaso, mientras no haya pruebas de que Vasconcelos era portugués y nacido en Gelves, aunque sus padres residiesen luego en Badajoz.

Agréguese a esto el que en las referidas listas, que mencionan el lugar de donde cada soldado procedía, para nada figura Gelves, patria del autor de la *Relaçao*. Silencio que aumenta la dificultad de averiguar quién pudo ser el hidalgo cronista de Soto.

El Hidalgo fué uno de los muchos que salieron de España llenos de ilusiones, creyendo que volverían ricos, y al ver luego en la Florida desvanecidas sus fantasías y agotadas sus fuerzas con el hambre, las repetidas caminatas en varias direcciones y continuos combates con indios robustos y valerosos, pusieron las culpas de todos en la cabeza del que los guiaba. De esto procedió la la mala voluntad que el Hidalgo tiene a Hernando de Soto, a quien califica de autoritario, seco y enemigo de toda opinión que no fuera la suya; atribúyele actos de crueldad como llevar a pie, unas cien leguas, a la Señora de Cofachiqui, hecho que desmiente la relación del factor Biedma; mucho más cruel es la matanza hecha en Anilco, sin otra finalidad que asustar a los indios; siendo la verdad que de los desmanes allí cometi-

(1) A. del Solar y J. de Rújula, op. cit., pág. 288.

dos fueron autores los indios de Guachoya, enemigos encarnizados de sus vecinos.

La muerte de Hernando de Soto no inspira al Hidalgo el menor sentimiento de compasión; antes bien dice con claridad que fué recibida con alegría, como término de penalidades, y pone en boca de Baltasar Gallegos, al despedirse del moribundo, un discurso frío como la nieve, pues se limita a desearle resignación con la fortuna.

No muestra el Hidalgo más afecto a los capitanes y soldados que a Hernando de Soto; antes de salir de España, en Sanlúcar, al hacerse un alarde, dice que los portugueses llevaban excelentes armas; los españoles, cotas de malla enmohecidas y ruines lanzas; jamás aplaude los rasgos de valor, de serenidad y de constancia que se vieron en algunos capitanes y soldados; ni se ocupa de lances individuales; únicamente consigna, lacónicamente, la muerte de algunos, por enfermedades o hechos de armas.

En la *Relaçao* del Hidalgo portugués hay apellidos equivocados, como Añusco, por Añasco; Ayres, por Arias; es probable que haya inexactitudes análogas en algunos nombres de caciques y de provincias; todo ello debido, en parte, a que en el siglo XVI no era costumbre que los autores corrigiesen pruebas de imprenta, y a que los nombres exóticos, dados por hombres cuyo idioma no se conocía, eran con frecuencia mal entendidos, o se acomodaban a la fonética del que los oía; así se comprende que los españoles, en México, hiciesen, de Tenochtitlan, Tenustitan; de Huitzilopochtli, Uchilobos; de Motecuhzoma, Motecuma, y de Cuauhtemoc, Guatimozin.

Detalle importante en la *Relación* del Hidalgo es el saber cómo calculaba las distancias, que medía por leguas; al reseñar la marcha de las tropas desde Santiago a La Habana, aunque al principio la calcula en 180 leguas, sumados los itinerarios resultan 240; si ésta, como parece, es la cuenta verdadera, pues es más fácil cometer un error que varios, debe deducirse que

la legua del Hidalgo es inferior a tres kilómetros. Si consideramos también lo dificultoso de las comunicaciones en los países del continente recorrido por Soto, rodeando ciénagas, a veces extraviados, y desandando el camino, deduciremos que sólo con un cálculo deficiente se puede marcar la situación de los países por donde aquéllos cruzan.

.....

.....

NOTAS SUELTAS

A los Cheroquis del Tennessee habían precedido, en este país, pueblos de distinta cultura, el más antiguo caracterizado por los sepulcros circulares y los *mounds* o montículos cónicos.

La civilización de los Cheroquis ofrecía semejanza con la de las tribus de la cuenca media del Mississippí, y al Sur de los Apalaches, con la propia de aquella región.

Sus cuchillos de pedernal tallado y sus hachas pulimentadas, ofrecen curiosas analogías con lo neolítico europeo; trabajaban el hueso y el cuerno, y su cerámica, de ornamentación geométrica y a veces con elementos antropomorfos y zoomorfos, es en alto grado curiosa.

Conf. *Cherokee and earlier remains on upper Tennessee River,* by M. R. Harrington... New York, 1922 (Indian Notes and Monographs edited by F. W. Hodge).

The Cherokee nation of Indians, by Charles C. Royce (Fifht Annual Report of the Bureau of Ethnology to the Secretary of the Smithsonian Institution.—Washington, 1887).

Reproduce un mapa de 1597, en que se localizan los Cheroquis, tomado de la siguiente obra: *Descriptionis Ptolemaicae Augmentum, sive Occidentis Notitia, brevi commentario illustrata, studio et opera Cornelii Wytflied, Lovaniensis.*—Lovanii, anno Domini MDXCVII.

Las principales aldeas de los Cheroquis estaban en

las fuentes de los ríos Savanah, Hiwassee y Tuckasegee, y a lo largo del pequeño Tennessee. Itsâti o Echota, cerca de la confluencia del Tellico con el Tennessee, fué considerada como el centro nacional.

Myths of the Cherokee, by James Mooney, pág. 14 (Nineteenth Annual Report of the Bureau of American Ethnology to the Secretary of the Smithsonian Institution, 1897-98.—Washington, 1900). Lleva dos mapas del país habitado por los Cheroquis.

"Cherokee material culture, for some generations at East before the coming of the whites, must have been very similar indeed to that of most of the tribes of the Middle Mississippi Valley district, particulary those of eastern Kentucky and parts of Ohio, It shows, however, a strong influence from the Southern Appalachian region, especially in ceramics."

Harrington, *Cherokee and earlier remains on upper Tennessee River,* pág. 289.

El pueblo de Nondecao, mencionado por el Hidalgo, parece que se hallaba en el país de los indios de Caddo; así opina Harrington en vista de hallarse dicha población no lejos de un río que crecía sin llover en la comarca, lo que se verifica en el río Red, tanto en Arkansas como en Luisiana, y es debido a las lluvias que caen al principio de su curso.

Certain Caddo Sites in Arkansas, by M. R. Harrington.—New York, 1920. (Indian Notes and Monographs.) Lleva un Apéndice de Alonson Skinner. Reproduce un curioso mapa español del siglo XVII, de un pueblo, Caddo, cerca de la ciudad de Texarkana.

Por su variedad de formas y su ornamentación, la cerámica de Caddo es de lo más notable de América del Norte; algunas de ellas, zoomorfas; otras dobles, tienen semejanza con la peruana. También son curiosos los instrumentos y armas de piedra tallada y pulimentada, y los adornos de cobre. Es notable el estudio que hace Harrington de la civilización de los indios Caddo, para lo que utiliza las noticias que hay en una Relación

del padre Francisco de Jesús María Casañas, misionero español de fines del siglo XVII.

Additional Mounds of Duval and of Clay Counties Florida.

Mounds investigation on the East Coast of Florida.

Certain Florida Coast Mounds North of the St. Johns River. By Clarence B. Moore. New York, 1922. (*Indian Notes and Monographs.* Edited by F. W. Hodge.)

El ejemplar más notable de la cerámica que se halló es una vasija con cinco concavidades. También son curiosos algunos adornos de plata y de cobre.

En un documento de 2 de marzo de 1522 se dice que Vasco Porcallo era natural de Cáceres y vecino de la Trinidad desde el repartimiento de Velázquez. Prueba de su dureza con los indios es el declarar que había cortado los compañones a varios de éstos, porque intentaban suicidarse comiendo tierra.

Publicóse en la *Colección de varios documentos para la Historia de la Florida y tierras adyacentes,* por Buckingham Smith. Tomo I.—Madrid, 1857, pág. 45.

En las págs. 140 a 146 publicó las capitulaciones con Soto para la conquista de la Florida.

En las págs. 47 a 64, la *Relación* de Biedma, copiándola de Muñoz, t. 81.

Irving (op. cit., t. II, pág. 4) dice que Xuala estaba en las fuentes del río Cattahoochee.

Según Maynard, Cofachiqui estaba en el río Cavannah, a unas veinticinco millas más abajo de Augusta.

"Already De Soto had gone through the present States of Florida, Georgia, parts of South and North Carolina, Alabama and Mississippi. He had come from the southeastern corner of Tennessee, where the settlement of Pacaha was. He was about to ride as far as the confines of Indian Territory, from were he went into Louisiana. After his death, his army marched into Te-

xas. This constitutes the most considerable feat of exploration ever performed upon the American continent."

Maynard, op. cit., pág. 244.

Bourne y Lowery creen probable que Moscoso llegó hasta el río de la Trinidad, en Texas.

"I was conviced, that what I had before reguarded almost as a work of fiction, was an authentic, through, perhaps, occasionally exagerated history."

Más adelante reprueba la demasiada autoridad que solía darse al Hidalgo de Elvas:

"It has been the fashion, in latter days, to distrut the narrative of the Inca, and to put more faith in that of the Portuguese" (1).

La ruta de Cabeza de Vaca fué estudiada por Baudelier en sus *Contributions to the History of the Southwestern of the United States.*

El factor Biedma hace mención de los dos ciegos, y dice que lo deseado por los indios era la lluvia, pues temían perecer por la sequía, y como después de poner la cruz llovió con abundancia, cobraron afecto a los cristianos y respeto al símbolo de la Redención; de modo que Garcilaso, en este punto, resulta más veraz que el Hidalgo.

"otro día vinieron mensageros de paz, e llegaron temprano a Guasili, e dieronles muchos tamemes, muchos perrillos, e maíz; e por ser esta buena parada, llamaban después los soldados, en los dados, *casa de Guasuli,* o buen encuentro. Lunes, que fué el último de Mayo, salió el Gobernador de Guasili."

Tanto el Hidalgo como Biedma dedican breves líneas a la estancia en Guasuli, al que llaman Guaxule y Guaxuli. Garcilaso es el único que da pormenores, diciendo que el pueblo estaba entre muchos arroyos que nacían en la sierra por donde los españoles habían pasado, y que la casa del cacique estaba en un *cerro,* y

(1) Op. cit., t. I, págs. VIII y IX.

tenía alrededor un *paseadero,* por donde podían ir seis hombres (1).

Eminentes arqueólogos norteamericanos han identificado el *cerro* donde moraba el cacique Guasuli con el *mound* de Nacoochee, en Georgia; los arroyos de que habla Garcilaso con el Soquee y el Santee, que juntos forman el Chattahoochee. Cerca están los pies de la Blue Ridge, y los montes Yonah y Lynch.

En las excavaciones hechas en 1915 se hallaron sepulcros en cista, cerámica con elementos zoomorfos, semejante, en algunas piezas, a la del Perú; otras vasijas con ornamentación de espirales, cuadrados y otras figuras geométricas; cuchillos de sílex tallado y hachas de piedra pulimentada.

The Nacoochee mound in Georgia, by George G. Heye, F. W. Hodge, and George H. Pepper.—New York, 1918. (Contributions from the Museum of the American Indian Heye Foundation. Vol. IV, number 3) 4.°, 103 págs, con numerosas láminas.

Cuando en 1560 don Tristán de Luna envió tropas a la provincia de Coza, con las que iba fray Domingo de la Anunciación, éste "preguntó a los indios por Falco Herrera, soldado de baja suerte, que se quedó voluntariamente en Coza cuando Hernando de Soto pasó por ella, y por un negro llamado Robles, que le dejó enfermo Hernando de Soto, y supo que vivieron once o doce años entre aquellos indios, haciéndoles muy buen tratamiento, y que ocho o nueve años habían muerto de enfermedad".

González de Barcia, *Ensayo cronológico de la Florida* (Madrid, 1829) t. I, pág. 137.

---

(1) Libro III, cap. I.

BIBLIOGRAFÍA

La *Relación* del Hidalgo se publicó traducida al inglés, en Hakluyt, *Voyages,* t. XIII, año 1609.

Reimprimióse en Londres, año 1686.

Virginia richly valued, by a Portugall gentleman of Elvas, translated by Richard Hakluyt.—London, 1609.

Histoire de la conqueste de la Florida, par les espagnols, sous Ferdinand de Soto. Ecrite en Portugais par un Gentil homme de la ville d'Elvas. Par M. D. C. A Paris, Chez Denys Thierry, M.DC.LXXXV. 8.°, 299 páginas, más 11 hojas de prels.

Histoire de la conquête de la Floride, ou Relation de ce qui est passé dans la decouverte de ce Pays par Ferdinand de Soto. Compossee en Espagnol par l'Inca Garcilaso de la Vega, et traduit en François por P. Richelet.

A Paris. Chez Jean Mulier MDCCXI.

8.°, 249 págs., más 9 hs. de prels.

Pedro Fernández del Pulgar, *Historia general de la Florida.*

Divídese en tres partes. La primera parte contiene su descubrimiento, description y los sucessos temporales y espirituales, assi de los españoles, como franzeses, ingleses, y las Missiones de Religiosos dominicos, de la Compañía y Franciscos. La segunda parte contiene el descubrimiento de los franceses... La tercera parte la Historia de Hernando de Soto continuada, compilada de las

Décadas de Antonio de Herrera. Ms. original, 776 páginas en 4.° Bib. Nac. Mss. n. 2999.

Elvas, Preface "comme a fait Garcilaso de la Vega, qui semble n'avoir en pour but que de rapporter les exploits de Gonçales (*sic*) Syvestre, dont il paroist faire son Heros".

La Florida del Inca. Historia del Adelantado, Hernando de Soto, Governador, y Capitan general, del Reino de la Florida. Y de otros heroicos caballeros, españoles e indios. Escrita por el Inca Garcilaso de la Vega, Capitan de Su Magestad, natural de la Gran Ciudad del Cuzco; cabeça de los reinos, y provincias del Perú. Dirigida a la Reina Nuestra Señora. Van enmendadas en esta impresión muchas erratas de la primera. Y añadida copiosa tabla de las cosas notables, y el ensaio cronologico, que contiene las sucedidas hasta el año de 1722.—En Madrid, En la Oficina Real, y a costa de Nicolas Rodriguez Franco. Año MDCCXXIII.

Fol. 268 págs. a dos cols., más 15 de prels. y 6 de Tabla.

Proemio de Gabriel Daza de Cárdenas.

La 1.ª ed. es de Lisboa. Crasbeeck, 1605. Reimpresa en Madrid, por Luis Sánchez, año 1617.—8.° mayor a dos columnas; 350 folios, más 6 de prels.

Bib. R. 14277.

Ejemplar sin portada y falto de una hoja al final y del Indice.

Relacion de la Florida para el Ilmo. Visorrei de la Nueva España, la qual trajo Fr. Gregorio de Beteta.

Muñoz, t. 85, fols. 99 a 109.

Fol. 109: "partimos de aquel puerto del Santísimo, viernes 28 de Junio, para ir a la Havana, año 1549.

Voyages en Virginie et en Floride, traduits de latin par L. Nungler et confrontés avec les textes anglais,

(1) El asiento y capitulación hechos por Hernando de Soto con Carlos V para la conquista y población de la Florida, fueron publicados por Buckingham Smith en su *Colección de varios documentos para la Historia de la Florida,* págs. 140 a 146.

français ou allemands.—Bruxelles, 1927. XV + 311 páginas, con láminas.

Contiene la expedición a Virginia en 1585, y las de Juan Ribaut, Renato de Laudonniere y Domingo de Gourgues a la Florida en 1562, 1564 y 1567.

Los dibujos de Virginia fueron hechos en 1585 y 1586 por John With, y los grabados, por Teodoro de Bry.

Los de los indios de la Florida, por Jacob le Moyne, llamado de Morgues, y grabados por De Bry.

Lleva un hermoso mapa de Virginia, rotulado: "Floridae Americae Provinciae, recens et exactissima descriptio. Autore Iacobo le Moyne, ais cognomen de Morgues."

A la bahía de Tampa la llama Sinus Fannis Ponce. En la desembocadura del Apalachicola, escribe:

"Hic descendit Panphilus Narvaez."

Extremadura en América. El Adelantado Hernando de Soto. Breves noticias, nuevos documentos para su biografía y relación de los que le acompañaron a la Florida, por Antonio del Solar y Taboada... y José de Rújula y de Ochotorena, Marqués de Ciadoncha.—Badajoz, 1929.

8.°, 334 págs.

Luis Villanueva y Cañedo, *Estudio biográfico de Hernando de Soto.*—1892.

Young (J. P.). *De Soto at Chikasaw bluffs.*—Mississippi Hist. Society, 1918, t. II, págs. 149 a 157.

España en América, 1450-1580, por Edward Gaylord Bourne. Traducido al español por el lic. Rafael de Zayas Enríquez.—Habana, 1902.

De Soto and the Conquistadores, by Theodore Maynard.—Longmans, Green and Co., 1930.—8.°, XIII + 297 páginas.

Lleva un mapa hecho por Delisle en 1718 y publicado con Garcilaso en 1728. Otro, que supone hecho por

Juan de Añasco, y dice estar en el Archivo de Indias de *Madrid.*

The conquest of Florida, under Hernando de Soto. By Theodore Irving.—London, Schulze and Co., 1835. 2 vols. en 8.° de XII-296 y 315 págs.

Arkansas Historical Association. Original accounts of De Soto's journey through Arkansas and of Marquette's entertaiment, by Arkansas Indians.—Little Rock, 1906.

Publication 1, p. 466-502 (extracts).

Ober, Frederick Albion. *Ferdinand de Soto and the invasion of Florida.*—New York, Harper, 1906. (*Popular Cultur.*)

Malone, James Henry. *The Chickasaw nation, a short sketch of a noble people.*—Louisville, Kentucky, John P. Morton and Co., 1922. [xxx], 537 p. illus., maps.

(*The four De Soto narratives quoted and compared,* p. 79-103. *De Soto at the Chickasaw bluffs,* p. 104-155.) (*Valuable Study.*)

Mixon, Ada. *De Soto's route west of the Mississippi.* —New York, American Historical Society, 1918.

In: Americana, vol. 12 (Jan.), p. 70-77.

Mixon, Ada. *De Soto's route in Arkansas.*—New York, American Historical Society, 1918.

In: Americana, vol. 12 (Jan.), p. 302-318.

Mixon, Ada. *What was Hernando de Soto's route through Arkansas?*—Little Rock, Arkansas Historical Association, 1919.

Publication 4, p. 293-311.

Swanton, John R. *The route of De Soto.*—Lancaster, Pa., 1919.

In: American Antropologist, n. s., vol. 19 (Oct.), p. 581-82.

Swanton, John R. *De Soto's line of march from the viewpoint of an ethnologist.*—Jackson, Mississippi, 1912.

In: Mississippi Valley Historical Association Procedings, vol. 5, p. 147-157.

Andrews, Daniel Marshall. *De Soto's route from Cofitachequi in Georgia, to Cosa, Alabama.*—Montgomery, Alabama, Alabama Anthropological Society, 1919.

Miscellaneous papers no. 3. p. 55-67, maps.

Smith, Z. F. *Did De Soto discover Kentucky at the time of his conquest of Florida?*—Louisville, Kentucky, 1907.

Kentucky State Historical Society Register, vol. 5 (Sept), p. 53-62.

Lewis, Theodore H., ed. *The narrative of the expedition of Hernando de Soto by the gentleman of Elvas.*—New York, Scribners, 1907.

411 p. facsim. maps.

(Original narratives of early American history... General editor, J. F. Jameson.)

Garcilaso de la Vega. *Trozos escogidos de la Florida del Inca.*—Oxford, University Press., 1921.

Branon, Peter. *The route of De Soto from Cosa to Mauvilla.*—Montgomery, Alabama, 1921.

In: Arrow points, vol. 2 (Jan.), p. 3-8.

Bourne, E. G., *ed. Narratives of the career of Hernando de Soto in the conquest of Florida as told by a knight of Elvas.*—New York, Allerton Book Co., 1922. (Formuly of the faculty of Yale University.)

2 vols.

Cunninghame Graham, R. B. *Hernando de Soto.*—New York, Dial. Press., 1924.

Henderson. W. A. *The adventures of De Soto.*—Nashville, Tenn., 1920.

In: Tennessee Historical Magazine, vol. 6 (July), p. 3-13.

Historical Collections of Louisiana, B. F. French, *ed.* Part. 2. Philadelphia, Daniels and Smith, 1850.

Biedma's (annotated) and Elva's accounts (Hakluyt). Original letter of De Soto to the municipal authority of St. Jago de Cuba.

Lauvrière, Emile. *Les premières explorations en Louisiane.*—Paris, 1926.

In: *Revue Historique Colonies Française,* XIVe ann., no. 55, p. 305-376.

Bolton, Herbert E. *The Spanish borderlans; a chronicle of old Florida and the Southwest.*—New Haven, Yale, University Press., 1921.

xlv, 320 p., plates, port., map. (The chronicles of America series, Allen Johnson, editor... v. 23.)

Rowland, Dunbar, *ed. Symposium on the place of discovery of the Mississippi river by Hernando de Soto.*—Jackson, Miss., Mississippi Department of Archives and History, 1927.

103 p., illust. map.

Mississippi Historical Society publications, Special bulletin, no. 1.

(Combines all previous publications on the subject by the Society.)

Abbt (John). *Ferdinand de Soto.*—New York, 1873.

Fairbanks (George). *History of Florida.*—Philadelphia, 1871.

History of the conquest of Florida by Garcilaso de la Vega, translated by Bernard Shipp. — Philadelphia, 1881.

Helps (Arthur). *The Spanish conquest in America.* —New York, 1856. 2 vol. 8.°

Jones (Charles). *Hernando de Soto.* — Savannah, 1880.

King (Grace). *De Soto and his men in the land of Florida.*—New York, 1898.

Rowland (Dunbar). *History of Mississippi the Heart of the South.*—Chicago, 1925.

2 vols.

Ober (Frederik). *Ferdinand de Soto.*—New York, 1906.

Lewis (Theodore Hayes) y Hodge (Frederik W.). *Spanish explorers in the Soutern United States. 1528-1543.*—New York, 1907.

History of the United States, from the discovery of the American Continent, by George Bancroft, t. I.—Boston, 1854.

Trata de la expedición de Soto en las págs. 41 a 59.

Sigue con preferencia la *Relación* del Hidalgo.

"Soto could hardly have crossed the mountains, so as to enter the basin of the Tennessee River; it seems, vather, that he passed from the head-waters of the Savannah, or the Chattahouchee, to the head-waters of the Coosa. The name up Canasanga, a village at which he halted, is still given to a branch of the latter stream."

Pág. 48.

The Spanish Settlements within the present limits of the United States. Florida 1513-1561. By Woodbury Lowery. With Maps. The kcnicherbocker Press, New York, 1911.

4.°, de XII-515 págs.

En otro volumen expuso Lowery lo referente a los años 1562 a 1564.